



***Somos don y estamos
hechos para el don***

Índice

<u>Este número</u>	<u>3</u>
“Dios santos”	
<u>Retiro</u>	<u>5</u>
Un año rico en acontecimientos	
<u>Formación</u>	<u>11</u>
La crisis de los abusos sexuales en la Iglesia	
<u>Comunicación</u>	<u>23</u>
Las redes sociales y el Sínodo 2018	
<u>Carisma salesiano</u>	<u>31</u>
Salir a las periferias para dar lo que eres	
<u>Pastoral Juvenil</u>	<u>39</u>
Dios habla en la historia	
<u>La Solana</u>	<u>54</u>
Cuidar, relato de una aventura	
<u>Familia</u>	<u>59</u>
Hablando sobre la familia	
<u>Lectio divina</u>	<u>62</u>
María, modelo de acogida de Dios	
<u>El Anaquel</u>	<u>65</u>
Mirando hacia el futuro de la vida religiosa	
<u>La levedad de los días</u>	<u>72</u>
Es hora de ponerse en camino	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000

Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Samuel Segura, Juan José Bartolomé, Cándido Orduna, Segundo Cousido, Jesús Rojano e Isidro Lozano.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

► Este número

Somos don y estamos hechos para el don

Mateo González Alonso

Con este número de forum.com del 24 de mayo llegamos al fin de curso con nuestra revista que aspira a ser un subsidio para la formación permanente y comunitaria. A la portada hemos traído una frase de la conferencia del filósofo Francesc Torralba en las Jornadas de Espiritualidad de la Familia Salesiana de este año: “Somos don y estamos hechos para don”. Con esta evidencia compartida desarrolla nuestra llamada a la santidad, como bien podemos comprobar en la ponencia que se puede consultar de forma íntegra en la sección dedicada al “**Carisma salesiano**”.

Rememorar este llamamiento a la autodonación en este 24 de mayo, en la solemnidad de María Auxiliadora, hace más patente el desarrollo del proyecto de Dios a través de nuestro camino de compromiso cristiano. La Virgen que ayuda a Isabel, que aporta una palabra discreta pero determinante en la boda de Caná o que recibe el mandato de la acogida al pie de la cruz... estimula nuestra entrega hacia los demás como ingrediente fundamental para que el mensaje del Reino sea ya una realidad entre nosotros.

Y todo esto a pesar de que a veces en nuestro mundo encontramos dramas que pueden infundir en nosotros el pesimismo. Es verdad que Torralba nos marca las periferias como espacio para la misión, pero la Iglesia también encuentra sus propias sombras en las víctimas que en su historia ha dejado. Por ello, en la sección de “**Formación**” ofrecemos un riguroso estudio de un profesor laico del seminario de Nueva York sobre la crisis de abusos sexuales en la Iglesia que aparece de forma inédita en español en esta revista.

De signos de Dios en la historia nos habla también la sección de “**Pastoral juvenil**”. Recogemos en este número la ponencia de José Luis Corzo en las jornadas de pastoral “A la escucha de Dios hoy. Audacia y creatividad”.

Este mes, en el “**Retiro**” que se ofrece encontraremos unas pautas para la revisión personal y comunitaria del curso que ahora termina a partir de los objetivos inspectoriales.

Como “*Lectio Divina*” de Juan José Bartolomé, en este número, concluidos los iconos pastorales de la última edición del Cuadro Fundamental de referencia de la Pastoral Juvenil, ofrecemos en este día mariano una *Lectio* sobre María como modelo de acogida de Dios.

En el apartado dedicado a la “**Familia**” ofrecemos la última de las ponencias del Congreso de Familia Salesiana de la inspectoría dedicada a hacer una lectura salesiana de *Amoris Laetitia*.

Además, en la sección de “**Comunicación**” ofrecemos la experiencia de la gestión de las redes sociales en el Sínodo de los Jóvenes por parte del que ha sido el coordinador.

Nuevamente ofrecemos material formativo para los mayores en nuestra “**Solana**” –a través de un anticipo sobre un libro que narra la experiencia de una cuidadora– y en el “**Anaque**l” ofrecemos una entrevista con el jesuita José María Rodríguez Olaizola sobre el futuro de la vida religiosa y la homilía del obispo de Tui-Vigo en la parroquia salesiana de Vigo (Pontevedra) que acaba de celebrar los 75 años de la consagración del templo cuando se cumplen 125 años de la llegada de los salesianos a la ciudad. Y cerramos, con las reflexiones cotidianas de Isidro Lozano en sección la “**Levedad de los días**”.

Llegamos al fin de curso. Una ocasión más para recordaros que podéis hacernos llegar todos vuestros comentarios y sugerencias a nuestra dirección de correo electrónico: forum@salesianos.es. Ya estamos preparando el curso siguiente y nos gustaría contar con vuestras aportaciones. ¡Buena fiesta de María Auxiliadora! Y, ¡buena lectura!

Retiro

Un año rico en acontecimientos

Delegación de Formación

Querido hermano salesiano:

El retiro intercomunitario de este mes tiene siempre un componente de revisión de lo vivido, de reflexión sobre el curso que termina. Y, por tanto, de evaluación del Proyecto Personal de Vida que te propusiste al comienzo del mismo. Y así, al igual que dedicaste, junto con tu comunidad, un tiempo en el mes de septiembre a tu programación personal y comunitaria, es bueno que ahora también lo dediques a revisar el cumplimiento de aquello que programaste en su día, dentro de esa cultura universal de la evaluación continua en la que vivimos.

Seguramente has tenido o tendrás ocasión, en alguna asamblea de comunidad, de revisar la vida de comunidad y la labor pastoral desarrollada en tu casa salesiana durante el curso. Este retiro quiere ser una invitación a tu *revisión personal*. Para ello, se te ofrecen algunos materiales que puedan servir como excusa para dicha revisión. Se trata de que te pongas delante del Señor en clave de oración, y que despliegues en su presencia lo que ha sido tu vida religiosa, comunitaria y apostólica, en este curso que termina.

Para ello, te invitamos a partir de los motivos expresados en la *Programación Anual Inspectorial 2018-2019 para cada salesiano* (PAI, p. 9). A saber:

- *Cada salesiano busca la voluntad de Dios en la propia vida en la oración personal, especialmente en el momento de la meditación diaria;*
- *Cada salesiano sigue con interés el desarrollo del Sínodo, haciendo de la reflexión eclesial una oportunidad para el propio crecimiento vocacional”;*
- *Cada salesiano participa activamente en los encuentros comunitarios, especialmente en el proceso de discernimiento que conlleva el Capítulo Inspectorial 2019.*

Este año ha sido pródigo en acontecimientos: el Sínodo de los jóvenes, el Capítulo Inspectorial, la Visita extraordinaria... Desde un planteamiento creyente, estás invitado

a leer estos acontecimientos como presencia de Dios en tu vida y no como simples fechas en el calendario.

Por eso, refiriéndose a estos acontecimientos, y en clima de oración personal, puedes recorrer en este retiro algunos textos de la Exhortación Apostólica “*Christus Vivit*”, del Papa Francisco, síntesis del Sínodo de los jóvenes. Y también algunas aportaciones que las propias comunidades hicimos con ocasión de la consulta realizada para el Capítulo Inspectorial 2019, preparatorio del Capítulo General 28, sobre el tema: “*¿Qué salesiano para los jóvenes de hoy?*”

1.- El gran anuncio

Este año nos hemos propuesto *hacer de la reflexión eclesial del Sínodo de los jóvenes una oportunidad para el propio crecimiento vocacional*. Todavía tendremos mucho que trabajar la documentación emanada de este Sínodo, con todas las implicaciones que tendrá para nuestra labor educativo-pastoral.

Sin embargo, en este momento de retiro, te proponemos reflexionar, y sobre todo rezar, lo que el Papa Francisco, en el capítulo 4 de su Exhortación Apostólica “*Christus Vivit*”, ofrece como *el gran anuncio para todos los jóvenes*: Dios te ama, Cristo te salva, Él vive, el Espíritu da vida... ¡enamórate de Dios. No tanto para que lo recuerdes. Tampoco para que examines cómo hacérselo llegar a los demás, a los jóvenes con los que puedas tratar. Sí para que lo reces y lo experimentes en la propia vida, en tu persona. El Papa escribe a los jóvenes, pero también “a todo el Pueblo de Dios”. Tú también eres miembro del Pueblo de Dios desde tu bautismo. Aunque lo que leas a continuación te parezca obvio, conocido, redundante... *siéntelo y experimentalo de manera nueva*, descubre si está presente en tu vida, en tu día a día. Y reza. Reza agradecidamente a Dios, para que, sintiendo profunda y enamoradamente el amor de Dios en tu vida, seas espontáneamente *signo y portador* de ese amor de Dios a todos, especialmente a los jóvenes.

Te dejo con la palabra del Papa. Es el mismo Santo Padre el que te ofrece, al final de cada una de las cuatro “verdades”, un posible motivo de oración en *cursiva*. Detente, después de la lectura pausada de cada motivo, y haz un momento de oración, tratando de experimentar lo que has leído e interiorizado.

Dios te ama: “Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: ‘Dios te ama’. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado (...) Puedes arrojarte seguro en los brazos de tu Padre divino, de ese Dios que te dio la vida y que te la da a cada momento” (CV, 112-113).

“Para Él realmente eres valioso, no eres insignificante, le importas (...) Por eso te presta atención y te recuerda con cariño (...) su memoria es un corazón tierno de compasión (...) es un amor que no aplasta, que no margina, que no se calla, que no humilla ni

avasalla (...) que cura y que levanta, que sabe más de levantadas que de caídas, de reconciliación que de prohibición, de dar nueva oportunidad que de condenar, de futuro que de pasado” (CV 116)

Intenta quedarte un momento en silencio dejándote amar por Él. Intenta acallar todas las voces y quédate un instante en sus brazos de amor (Cfr. CV 115).

Cristo te salva: “La segunda verdad es que Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte. Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo (...) ‘me amó y se entregó a sí mismo por mí’” (CV 118).

“Sólo lo que se ama puede ser salvado. Solamente lo que se abraza puede ser transformado. El amor del Señor es más grande que todas nuestras contradicciones, que todas nuestras fragilidades y que todas nuestras pequeñeces (...) es a través de ellas que Él quiere escribir esta historia de amor” (CV 120) “Él nos perdona y nos libera gratis (...) solo tenemos que recibirlo con inmensa gratitud y con la alegría de ser tan amados antes de que pudiéramos imaginarlo: ‘Él nos amó primero’” (CV 121).

Mira su Cruz, aférrate a él, déjate salvar, porque quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento (Cfr. CV 119).

Él vive: “Es la tercera verdad: el que nos llena con su gracia, el que nos libera, es alguien que vive. Es Cristo resucitado (...) está presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. ‘Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo’. Él lo llena todo con su presencia invisible, y donde vayas, te estará esperando (...) Alégrate con tu Amigo que triunfó. Él venció. El mal no tiene la última palabra. En tu vida el mal tampoco tendrá la última palabra, porque tu Amigo que te ama quiere triunfar en ti. Tu salvador vive” (CV 124-126).

Déjate encontrar por el Señor; déjate amar y salvar por Él, entra en amistad con él y empieza a conversar con Cristo vivo: esa es la experiencia fundamental que sostendrá tu vida cristiana y que podrás comunicar a los jóvenes (Cfr. CV 129).

El Espíritu da vida: La cuarta verdad es que “es el Espíritu Santo quien prepara los corazones para recibir el anuncio (...) el Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde allí se derrama en tu vida como un manantial. Y cuando lo recibes, te hace entrar cada vez más en el corazón de Cristo para que te llenes siempre más de su amor, de su luz y de su fuerza” (CV 130).

Invoca en este momento al Espíritu Santo, para que renueve constantemente en ti la experiencia de este gran anuncio (Cfr. CV 131).

¡Enamórate!: “¿Buscas pasión? ¡Enamórate! (o déjate enamorar), porque nada puede importar más que encontrar a Dios. Enamórate de Él de una manera definitiva y absoluta. Aquello de lo que te enamoras será lo que decida qué es lo que te saca de la cama por la mañana, qué haces con tus atardeceres, en qué empleas tus fines de semana, lo que lees, lo que conoces, lo que rompe tu corazón y lo que te sobrecoge de alegría y gratitud. ¡Enamórate! ¡Permanece en el amor de Dios! Todo será de otra manera” (CV 132, citando al P. Arrupe).

¿Qué es, en este momento de tu vida, lo que te “enamora”? ¿Qué es lo que te hace levantarte cada día con ilusión, afrontar la jornada con sus tareas y sus encuentros personales, sentir que merece la pena seguir viviendo y luchando? ¿Es Dios, su amor salvador en Cristo, la fuerza de su Espíritu? ¿Es la mera supervivencia? ¿Puedes rezar, sintiéndolo como propio, aquello de: “Oh Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene sed de ti como t tierra reseca, agostada, sin agua”? Rézalo, y pide al Señor que te mantenga el don de tener hambre de Su amor.

2.- El gran reto

Otro de los acontecimientos de este curso ha sido la celebración del Capítulo Inspectorial 2019. No sé si has tenido la suerte o la responsabilidad de participar en él. Pero seguro que lo has hecho indirectamente, aportando a la consulta hecha previamente a las comunidades sobre el tema del Capítulo General 28 que se celebrará el próximo año, con el tema de: “¿Qué salesiano para los jóvenes de hoy?”

Pues bien, una de las preguntas que se hicieron a las comunidades fue esta: “¿Cómo caracterizarías el perfil necesario para el salesiano de hoy y del mañana?” Las respuestas fueron abundantes, y podrían resumirse en una serie de rasgos que hablan de un salesiano profundamente humano, hombre de Dios, salesiano, comunitario y en formación.

Aquí solo te ofrecemos las respuestas resumidas de uno de estos puntos: un salesiano *profundamente hombre de Dios*, con una serie de cualidades religiosas, fraternas y apostólicas. Seguramente te reconocerás en algunos de estos rasgos, en otros verás que tendrás que crecer mucho todavía. Aquí los tienes:

¿Cuál es el perfil del salesiano para los jóvenes de hoy? Un salesiano profundamente hombre de Dios.

Cualidades religiosas:

-Hombre profundo y de oración, que trasparenta la primacía de Dios en su vida;

- Coherente con su testimonio de vida creyente, de fe profunda, que ilumina desde esa fe toda su vida y la realidad que le rodea;
- Consagrado a los jóvenes, disponible para ellos 24x7, siempre y entregado a su misión educativa;
- Que siente su vida como vocación-misión: ser llamado a vivir con el Señor y a realizar una misión en la Iglesia en el campo de la educación;
- Testigo valiente del Señor resucitado en la vivencia de una fe sencilla y un humilde servicio a los demás;
- Con capacidad de escucha activa del Espíritu en la apertura de su mente y su corazón a la realidad que le rodea;
- Que vive el equilibrio de la gracia de unidad;
- Centrado en Jesucristo, desde la vivencia del espíritu salesiano;
- Abierto a las sorpresas de Dios en su vida, a su voluntad en el día a día.

Cualidades fraternas y apostólicas:

- Que vive el espíritu de familia y es profeta de fraternidad;
- Testigo del Dios vivo mediante la alegría y la amabilidad;
- Vive su consagración con coherencia, dando testimonio desde lo que es y no sólo desde lo que hace;
- Disponible, desde su consagración, a los hermanos y a los jóvenes;
- Desde su fe, vive con coherencia; desde su esperanza, afronta el futuro con alegría; desde su amor se hace servidor de los hermanos y los jóvenes;
- Con un fuerte sentido comunitario y con profundidad espiritual en su acción;
- Fiel al evangelio, las Constituciones, la vida de comunidad, la misión compartida;
- Con una clara opción por la evangelización y la educación en la fe.

La experiencia de sentirte amado y salvado por Dios en Cristo, que has recreado en la reflexión anterior, ahora debe concretarse en alguno de estos puntos que nos hemos dicho los salesianos a nosotros mismos en este año. Trabaja estos rasgos, pásalos por tu corazón, pídele fuerzas al Señor para crecer en alguno de ellos.

Finalmente, siempre en clima de oración, te invito a que no dejes de evaluar en el tiempo de este retiro el Proyecto Personal de Vida que te propusiste a principio de curso. Aprovecha la posibilidad de recibir el sacramento de la Reconciliación. Y que el encuentro con el Señor en su Palabra y en su cuerpo y sangre en la eucaristía que celebraréis, sea para ti bálsamo que cura, fuerza que impulsa y gracia para vivir en fidelidad y felicidad tu vida salesiana. Da gracias a Dios por el curso que termina, redescubre cómo se ha hecho presente su presencia, día a día, a lo largo de estos meses. Y pídele sentir Su amor y salvación, para poder hacer sentir ese amor a todos los que te rodean.

Formación

La crisis de los abusos sexuales en la Iglesia¹

Antonio López

La crisis actual de los abusos sexuales del clero que afecta a la Iglesia es uno de los desafíos más graves que la Iglesia ha encontrado desde la Reforma Protestante en el siglo XVI. Pero, al igual que la Reforma protestante, que se convirtió en la ocasión para que la Iglesia se renovara a sí misma a través del Concilio de Trento y de muchos movimientos de renovación como los guiados por san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Ávila, la crisis actual ha creado también las condiciones para una profunda renovación de la Iglesia. Ha habido muchas sugerencias diferentes por parte de los líderes de la Iglesia con respecto a cómo esta debe hacer ciertos cambios y ajustes para abordar esta crisis de los abusos sexuales, particularmente en lo relativo a la pérdida de credibilidad y confianza con respecto a la Iglesia a los ojos del mundo en general y dentro de la Iglesia misma en particular, especialmente entre sus miembros laicos. A través de esta reflexión trataré de enfatizar que los cambios que la Iglesia debe hacer para enfrentar la actual crisis de los abusos sexuales no pueden consistir simplemente en la adopción de ciertas medidas, incluyendo las más profundas, con el fin de encontrar soluciones o políticas específicas relacionadas únicamente con el problema del abusos. Como trataré de mostrar brevemente más adelante, a menos que estas medidas y políticas se tomen dentro del contexto de una profunda renovación de la Iglesia como tal, no se podrán abordar en su raíz las causas de este problema.

Voy a dividir mi comentario en dos partes. Primero, me referiré principalmente a la informaciones y algunas estadísticas importantes sobre el problema de los abusos sexuales por parte de clérigos para resumir su alcance y tener una comprensión básica de su naturaleza. Y en segundo lugar, me referiré a algunas medidas y políticas eclesiales importantes que se deben tomar con respecto al problema. Trataré de demostrar que estas medidas y políticas sólo pueden ser eficaces en última instancia si forman parte de una profunda renovación estructural de la propia Iglesia.

¹ Texto original en inglés publicado por “El Ignaciano”. Publicación trimestral del Instituto Jesuita Pedro Arrupe. Año 1, núm. 3 (Diciembre 2018).

I.- Algunos datos sobre los abusos sexuales en la Iglesia

Ante todo, es muy importante señalar aquí que los datos estadísticos indicados en las siguientes afirmaciones sólo pueden entenderse en general como aproximados en el mejor de los casos y con un margen de error considerable. Estos datos estadísticos, que han sido obtenidos por diferentes estudios sobre el abuso sexual en la Iglesia, no sólo en los Estados Unidos, sino también en otros países, varían considerablemente de un informe a otro, especialmente dependiendo del país donde se realizaron los estudios.

La primera realidad importante que debe ser tomada en cuenta y que es universalmente reconocida es que el problema del abuso sexual clerical es abrumadoramente el abuso perpetrado por los sacerdotes varones sobre menores de edad. Las mujeres menores de edad y las mujeres en general maltratadas por el clero o por miembros femeninos de congregaciones religiosas, aunque significativas, han sido mucho menos frecuentes. Así, de los abusos sexuales cometidos por sacerdotes, aproximadamente el 80% han sido varones, de los cuales entre el 40 y el 50% han sido menores de 14 años, por lo que se les considera niños, y entre el 40 y el 50% han sido, en su mayoría, menores de edad ya adolescentes. Además, alrededor del 10% de los abusados sexualmente por los sacerdotes han sido varones jóvenes adultos, y alrededor del 10% han sido mujeres adolescentes o jóvenes.

Los sacerdotes que han cometido abusos sexuales a menores se han visto afectados por alguna forma de pedofilia. Podemos referirnos a dos formas básicas de “pedófilos activos” entre los sacerdotes que han sido abusadores sexuales. En primer lugar, están los pedófilos “fijos” que tienen una atracción sexual permanente o fija por los niños preadolescentes y que no pueden ser confundidos con el hecho de ser homosexuales. Estos pedófilos son en realidad los únicos pedófilos que no son en sentido estricto pedófilos activos, sino más bien pedófilos determinados biológica o constitutivamente con una tendencia sexual aparentemente fija que no puede ser cambiada por ningún tratamiento actual conocido. Sin embargo, estudios recientes han demostrado que, aunque la atracción sexual hacia los niños preadolescentes por parte de estos pedófilos fijos es por lo general una atracción relativamente fuerte, es posible que estos pedófilos tengan una vida de abstinencia duradera sin abusar de los niños si se comprometen seriamente a una vida de autocontrol, especialmente con la ayuda de alguna forma de orientación o tratamiento psicológico y/o espiritual. De hecho, para que una persona que tiene la condición de pedofilia fija se involucre en el abuso sexual, esta última debe desarrollar una cierta inmadurez psicológica y personal adicional por la cual la atracción sexual hacia los hijos preadolescentes de esta persona puede dar como resultado un abuso sexual real. Parece claro que, en vista de la fuerte atracción sexual hacia los hijos preadolescentes de una persona que es un pedófilo fijo, esta persona no debe ser admitida a la formación sacerdotal o al seminario. La posibilidad de que esta persona abuse de los niños preadolescentes es muy alta.

El otro tipo de pedófilos activos entre los sacerdotes abusadores es el de los que se dedican a la actividad de abusar sexualmente de los niños por diversas razones. Estos pedófilos activos tienen el tipo de pedofilia que se puede llamar “pedofilia regresiva inmadura”. Este tipo de pedofilia es la consecuencia de un desarrollo personal distorsionado, estrechamente asociado en gran medida a un contexto social o familiar

que generalmente no es propicio para un auténtico crecimiento existencial. Este desarrollo personal distorsionado implica una profunda falta de autoestima y de inseguridad que es la base subyacente para la búsqueda del poder dominante y opresivo que se manifiesta en el abuso sexual de los niños. El comportamiento sexual correspondiente a la pedofilia regresiva inmadura de los sacerdotes ordenados, como en el caso de la pedofilia fija, no puede confundirse con la homosexualidad. Así, tanto las personas heterosexuales como las homosexuales que se han convertido en sacerdotes pueden desarrollar patrones de comportamiento correspondientes a la pedofilia regresiva inmadura.

Bajo ciertas condiciones que son hasta cierto punto psicológicamente similares a las de la pedofilia regresiva inmadura, los sacerdotes pueden participar en la actividad de abusar de los jóvenes adultos. Hay alguna evidencia que sugiere que es “probable” que la mayoría de estos sacerdotes puedan ser considerados, en el caso del abuso de adultos jóvenes varones, homosexuales, o en el caso del abuso de adultos jóvenes mujeres, heterosexuales.

Las relaciones sexuales de sacerdotes heterosexuales y homosexuales con jóvenes adultos han conllevado, por supuesto, una dimensión de abuso considerable. Esto es así porque la autoridad eclesial y el prestigio de estos sacerdotes han sido generalmente utilizados por ellos para ejercer una profunda manipulación psicológica y paternalista abusiva sobre sus compañeros jóvenes adultos.

El abuso sexual en la Iglesia debe ser considerado en referencia a la práctica en general de la actividad sexual de los sacerdotes que incluye tanto el comportamiento sexual abusivo como el no abusivo por parte de los sacerdotes heterosexuales y homosexuales. Hay que señalar aquí que la mayoría de las relaciones sexuales heterosexuales y homosexuales de los sacerdotes han tenido lugar con otros adultos que han dado su consentimiento, incluyendo algunos otros sacerdotes o seminaristas y jóvenes adultos.

Se ha estimado que en las últimas décadas aproximadamente el 50% de los sacerdotes en los Estados Unidos, es decir, casi la mitad de ellos, no han sido fieles a su promesa de celibato. De hecho, en los Estados Unidos, cerca del 30% de todos los sacerdotes que son heterosexuales y cerca del 15% de todos los sacerdotes que son homosexuales no han vivido el celibato. Además, los estudios han indicado que de todos los sacerdotes, sólo entre el 6 y el 8% se han dedicado al abuso sexual de menores. Esto significa que sólo una minoría relativa de sacerdotes sexualmente activos mantienen relaciones sexuales abusivas, es decir, entre el 12 y el 16% de ellos. Esto indica que no sólo los abusos sexuales criminales por parte de los sacerdotes, sino también la sexualidad misma de todos los sacerdotes en general en la Iglesia, implica un problema pastoral y humano que debe ser abordado.

Es importante tener en cuenta también que generalmente se reconoce que el número de clérigos abusadores de otras denominaciones religiosas, que no requieren un compromiso oficial con el celibato, es en cierta medida proporcionalmente mayor que el número de clérigos católicos abusadores. Esto sugiere que la exigencia del celibato por sí misma, que a veces es considerada por algunos como una imposición, no

corresponde a un mayor número de abusos sexuales por parte del clero de la Iglesia Católica.

Además, y como confirmación de que la homosexualidad en sí misma no es la causa fundamental del abuso sexual clerical en la iglesia, hay que señalar que aunque durante las últimas décadas se cree universalmente que ha habido un aumento en el número de sacerdotes homosexuales, sin embargo, es un hecho muy arraigado que los abusos sexuales por parte de los sacerdotes durante este período han disminuido de manera muy considerable. De hecho, la gran mayoría de los sacerdotes homosexuales nunca han abusado de nadie. Como informa el estudio realizado en 2010 por el John Jay College of Criminal Justice, un estudio utilizado por los obispos estadounidenses, el abuso sexual de menores por parte de sacerdotes no es el resultado de su heterosexualidad u homosexualidad como tal. Los resultados de este estudio de John Jay han sido confirmados por el reciente estudio llamado MHG de hace aproximadamente un año utilizado por los obispos católicos de Alemania. Como indican estos dos estudios, y la mayoría de los psicólogos y psiquiatras más distinguidos, la base subyacente para que tanto los sacerdotes heterosexuales como los homosexuales sean motivados o conducidos a abusar sexualmente de menores es un tipo inadecuado de fijación psicológica o un proceso distorsionado del desarrollo psicológico. Este proceso distorsionado del desarrollo psicológico está estrechamente relacionado con un contexto de condiciones familiares y otras condiciones sociales principalmente insatisfactorias que dan lugar a una gran inseguridad personal y a una baja autoestima. Por otro lado, tanto las personas heterosexuales como las homosexuales pueden y deben desarrollar, con diferentes grados de logro, su propia identidad sexual en relación con un creciente sentido de autoaceptación y la correspondiente autoestima y en el contexto del establecimiento de relaciones mutuamente enriquecedoras con otras personas.

Por lo tanto, así como la heterosexualidad como tal de los sacerdotes no es la causa originaria por la cual el 30% de todos los sacerdotes en los Estados Unidos que son heterosexuales rompen su promesa de celibato, de manera similar, la homosexualidad (o heterosexualidad) de los sacerdotes no es la causa raíz por la cual los sacerdotes se involucran en relaciones sexuales abusivas con menores.

Esto sugiere que la Iglesia debe comprometerse en la consideración de las condiciones humanas en el proceso de desarrollo de la identidad sexual, que involucra los aspectos psicológicos y de comportamiento social correspondientes, de los sacerdotes, a fin de confrontar adecuadamente las causas de esta crisis de los abusos sexuales en general. Algunas de estas causas, a las que me referiré más adelante, incluyen realidades eclesiológicas y pastorales que no son en modo alguno conducentes a un auténtico crecimiento personal.

Podemos ahora mencionar el documento del Vaticano “Instrucción sobre los criterios para el discernimiento de las vocaciones en relación con las personas con tendencias homosexuales con miras a su admisión al seminario y a las órdenes sagradas” (2004). Este documento declaraba que los hombres con “tendencias homosexuales profundamente arraigadas” no podían ser aceptados para el sacerdocio. Estas palabras del documento han sido interpretadas de diferentes maneras por los obispos y otros líderes de la Iglesia. Algunos de ellos consideran que estas palabras implican que los

hombres homosexuales no deben ser aceptados en los seminarios. Sin embargo, hay otros obispos y líderes de la Iglesia que tienen una interpretación diferente de estas palabras. Consideran que las palabras “profundamente arraigadas” significan que uno no puede vivir una vida célibe. Así, para estos obispos y líderes de la Iglesia, si un hombre homosexual puede tener la madurez sexual para vivir en conformidad con el celibato, puede llegar a ser un candidato al sacerdocio. En línea con esta interpretación, uno de los líderes más influyentes de la Iglesia en los Estados Unidos, el cardenal Timothy Dolan, arzobispo de Nueva York, ha dicho que si un hombre homosexual cree que tiene la vocación de ser sacerdote, “no debe desanimarse”.

Es importante notar que, como ha sido mantenido por muchos, es difícil discernir las condiciones exactas de la orientación sexual de los seres humanos. Por lo tanto, distinguir entre aquellos hombres heterosexuales y homosexuales que pueden o no tener la madurez sexual para vivir en conformidad con el celibato no es fácil. En efecto, no sólo para los formadores del seminario encargados de discernir si un hombre es apto para entrar en dicho seminario, sino también para la persona misma, no es fácil determinar si las condiciones de la propia sexualidad implican la madurez para vivir en conformidad con la promesa del celibato.

Hay que señalar que, aunque la homosexualidad en sí misma de los sacerdotes no es la causa de que éstos se conviertan en abusadores sexuales, sin embargo, el hecho de que la gran mayoría de los abusados sexuales sean varones sugiere a algunos que los abusos sexuales en la Iglesia son el resultado en gran medida de la homosexualidad de muchos sacerdotes. Sin embargo, la mayoría de las personas que han estudiado la crisis del abuso sexual clerical en la Iglesia creen que, en gran medida, la razón principal por la que la gran mayoría de los abusos sexuales cometidos por los sacerdotes han sido cometidos por varones es que los sacerdotes en general comparten muchas más actividades con los varones que con las niñas, teniendo así más oportunidades de abusar de los varones que de niñas. Por ejemplo, los sacerdotes siempre se han dedicado con frecuencia a practicar deportes con niños, pero rara vez con niñas. Como otro ejemplo, hasta no hace muchos años, los niños han tenido una mayor proximidad con los sacerdotes al ser monaguillos.

Ya he indicado que algunos sacerdotes homosexuales y heterosexuales, afectados por condiciones similares a las de la pedofilia regresiva inmadura, se dedican a la actividad de abusar de jóvenes adultos. Se cree que algunos sacerdotes heterosexuales u homosexuales afectados por estas condiciones mantienen relaciones sexuales abusivas con menores que son adolescentes o niñas que aún no tienen dieciocho años pero que tienen un aspecto y características de comportamiento muy similares a los de los jóvenes adultos. Lo que es importante destacar aquí es que no son sólo los homosexuales, sino también los sacerdotes heterosexuales, los que se dedican a este tipo de relaciones sexuales abusivas con menores. Por otra parte, dado que, como acabamos de indicar, los sacerdotes en general comparten muchas más actividades con los niños que con las niñas, los sacerdotes homosexuales tienen más oportunidades de abusar de los adolescentes que están cerca de la edad de ser jóvenes adultos que los sacerdotes heterosexuales. Por lo tanto, se cree que hay más sacerdotes homosexuales que heterosexuales que están involucrados en relaciones sexuales abusivas con adultos jóvenes o adolescentes cuya edad se acerca a la de los adultos jóvenes.

Podemos señalar que, según “estimaciones informales” de observadores serios de las diversas realidades del clero, entre el 20% y el 45% de los sacerdotes en los Estados Unidos tienen alguna forma de orientación homosexual. Hay que decir que, por un lado, este porcentaje de sacerdotes católicos homosexuales supone un número proporcionalmente mayor de sacerdotes con alguna forma de orientación homosexual que el resto de la población masculina general. Sin embargo, por otro lado, los menores y jóvenes adultos, en su mayoría católicos, que han sido víctimas de abusos sexuales por parte de sacerdotes homosexuales son proporcionalmente mucho menos que los hombres que han sido víctimas de abusos sexuales, cuando eran todavía menores, por parte de hombres de orientación homosexual que corresponden al resto de la población general. Así, mientras que por un lado, casi el 1% de los hombres católicos han sido abusados por sacerdotes en los últimos 50 a 60 años en los Estados Unidos cuando eran menores o jóvenes adultos, por otro lado, generalmente se sostiene que durante el mismo período más del 1.5% de los hombres estadounidenses han sido abusados sexualmente por otros hombres cuando eran niños.

En los Estados Unidos, se puede estimar, con un gran margen de error, que quizás entre 6.000 y 10.000 sacerdotes han perpetrado abusos sexuales, principalmente, contra varones menores de edad y algunos adultos jóvenes desde 1950. Debe indicarse que el número de personas abusadas por sacerdotes en los Estados Unidos es mucho mayor que el número de sacerdotes abusadores. Esto es así porque la mayoría de los sacerdotes abusadores han estado involucrados en el abuso de más de una víctima, a veces 30 o más de ellos. En realidad, el número de víctimas de abuso sexual en los Estados Unidos por parte de sacerdotes desde 1950 puede estimarse en general en casi 30.000, y de nuevo con un gran margen de error. De ellos, casi 25.000 han sido varones menores de edad, unos 3.000 han sido jóvenes adultos varones y unos 2.000 han sido mujeres menores de edad y jóvenes adultas.

Cabe señalar, sin embargo, que el número de personas en los Estados Unidos que han sufrido y han sido afectadas negativamente de manera significativa por el abuso sexual clerical es mucho mayor que las 30.000 víctimas de abuso mencionadas anteriormente. Esto es así porque, en muchas maneras y grados, aquellos que están especialmente asociados con las víctimas directas del abuso sexual clerical, como sus padres y sus familias, y muchos de los miembros de sus comunidades eclesiales o parroquias, han participado de una manera muy significativa en el sufrimiento y desilusión de los abusados sexualmente por parte de los sacerdotes, hasta el punto de que han llegado a ser conscientes de estos abusos. De estos que están especialmente asociados con las víctimas directas del abuso sexual, puede haber probablemente unos 100.000 padres y familiares, y unos 200.000 o más miembros de comunidades eclesiales. De hecho, el Pueblo de Dios de la Iglesia Católica en general también ha participado significativamente en este sufrimiento y desilusión de las víctimas directas de abusos sexuales por parte de los sacerdotes, en la medida en que han tomado conciencia, a través de muchos canales posibles, incluyendo los medios de comunicación, de los abusos sexuales perpetrados por el clero católico. Este sufrimiento y desilusión se deben, en cierto modo y en diferentes grados, sobre todo a un profundo sentimiento de traición y de desorientación existencial, precisamente por las acciones de aquellos en los que el Pueblo de Dios confiaba de manera especial y por los que tenían un profundo respeto y admiración basados en su condición de sacerdotes. Así, los miembros de la

Iglesia en general han experimentado un sentimiento de profunda humillación y abatimiento causado por aquellos que han usado frecuentemente su estatus de sacerdotes no por ser modelos a seguir y líderes auténticos que sirven al bienestar de todos, sino con el propósito de ejercer su autoridad sacerdotal como un poder opresivo que ha resultado en manipulación y abuso sexual.

Este ejercicio de poder opresor también está estrechamente relacionado con el hecho de que, hasta hace poco, la gran mayoría de las víctimas de abuso sexual clerical han soportado sentimientos adicionales de traición y desilusión debido a la falta general de comprensión compasiva por parte de las autoridades eclesiales. Esta falta de comprensión ha implicado muy a menudo el intento de las autoridades de silenciar a las víctimas de abusos sexuales clericales, o incluso de rechazarlas ignorándolas, cuando estas víctimas han intentado comunicar sus dolorosas experiencias de haber sido víctimas de abusos sexuales por parte de sacerdotes. Este silenciamiento y rechazo general por parte de las autoridades eclesiales ha conllevado una cultura de negación sistémica y de encubrimiento de los abusos sexuales por parte de los sacerdotes que ha impregnado en gran medida la vida de la Iglesia. Esta cultura de negación sistémica y encubrimiento de estos abusos sexuales está íntimamente ligada a una distorsión eclesial generalizada, por la cual el ejercicio del control de los laicos y la promoción de un cierto estatus de superioridad elitista del estado clerical ha desplazado la legítima autoridad benévola de servicio correspondiente al estado clerical de los sacerdotes. Esta distorsión eclesial, que ha prevalecido de muchas maneras y formas en la Iglesia, no sólo entre el clero, sino también entre los laicos. Es un aspecto central del clericalismo, al que el papa Francisco se ha referido en diferentes ocasiones. Según el papa Francisco, el clericalismo es la causa principal de la crisis del abuso sexual de clérigos en la Iglesia.

En línea con lo que ha dicho el Papa, la crisis del abuso sexual en la Iglesia no se debe meramente a los abusos sexuales reales. También se debe a la cultura del clericalismo que ha reforzado y posibilitado a los sacerdotes abusadores sexualmente y ha implicado en el encubrimiento general de estos sacerdotes y sus abusos. Porque esta cultura del clericalismo ha fomentado, por un lado, la supuesta superioridad elitista del clero y de las estructuras de la Iglesia institucional asociadas especialmente con el estatus y la autoridad del clero, a expensas de servir y proteger a los miembros individuales de la Iglesia. Y, por otro lado, ha reforzado y posibilitado activamente el potencial abuso sexual de aquellos sacerdotes que han tenido una tendencia correspondiente a la pedofilia fija o a la pedofilia regresiva inmadura. En efecto, la cultura del clericalismo en la Iglesia constituye el terreno fértil y un decisivo escudo protector que resulta en un profundo incentivo para que los sacerdotes sexualmente abusivos cometan sus abusos sexuales criminales al beneficiarse, no sólo de un estatus social superior y del correspondiente poder arrogante, sino también de la inmunidad frente a cualquier sanción social y legal grave.

II.- Sugerencias para enfrentar el abuso sexual clerical en la Iglesia

Ahora voy a hacer algunas sugerencias específicas que pueden ayudar a encontrar soluciones al abuso sexual en la Iglesia. Estas sugerencias se referirán tanto a la formación de candidatos potenciales al sacerdocio como a los cambios institucionales y eclesiales que se requieren para enfrentar la crisis del abuso sexual de sacerdotes en la Iglesia. Todas estas sugerencias implican de diversas maneras el rechazo de cualquier forma de clericalismo en la Iglesia.

Primero, es importante reconocer que el proceso de discernimiento por parte de los responsables de la Iglesia que están a cargo del proceso de aceptación de candidatos para entrar en un determinado seminario es complejo. Porque no es fácil para ellos distinguir claramente entre los diferentes tipos de condiciones sexuales de los distintos candidatos. De hecho, los hombres que tienen una tendencia al abuso sexual generalmente han adquirido de diferentes maneras, con frecuencia de manera principalmente inconsciente, estrategias personales para ocultar su condición inadecuada, por lo que son considerablemente capaces de presentarse como personas aparentemente sanas o psicológicamente sanas. Por lo tanto, el discernimiento sobre la aceptación de los candidatos al seminario y su seguimiento como seminaristas requiere un proceso muy cuidadoso de evaluación y observación que puede involucrar a personas experimentadas, y que puede implicar una considerable orientación psicológica y espiritual. Este proceso debe incluir un período que a veces puede durar por lo menos unos años antes de que los candidatos puedan entrar en el seminario y más tiempo después durante su seguimiento como seminaristas. Hay que reconocer que no todos los hombres que insisten en tener una vocación al sacerdocio, e incluso a pesar de la considerable ayuda psicológica y espiritual que se les ha prestado en cuestiones sexuales, pueden ser aptos para el sacerdocio. Sin embargo, hay que reconocer que ha habido una tendencia muy extendida en la Iglesia a rebajar las normas de aceptación de los candidatos a la formación en el seminario, debido principalmente a la percepción de que la Iglesia tiene escasez de sacerdotes. Esta percepción conlleva muy a menudo un sutil clericalismo que no aprecia suficientemente los carismas y los talentos de los laicos. Muchas de las funciones pastorales y administrativas que actualmente desempeñan los sacerdotes pueden ser desempeñadas por laicos.

El rechazo de la arrogancia y el elitismo clerical al que me he referido anteriormente implica que la imagen del sacerdocio proyectada por los seminarios no debe ser enfatizada desde la promoción del sacerdocio como un mero símbolo de estatus de la jerarquía de la Iglesia. Porque si se promueve tal imagen del sacerdocio, los hombres con un desorden de personalidad narcisista, que puede incluir inmadurez sexual, encontrarán muy satisfactorio y reforzante formar parte de este grupo elitista de líderes superiores que contrasta con la percepción de los laicos como inferiores.

En cuanto a la norma del celibato, los seminarios deben ayudar a los seminaristas a corregir la posible actitud de los seminaristas para evitar relaciones maduras con otros adultos. Esta posible actitud puede ser la proyección de la inseguridad que los seminaristas puedan tener para entablar cualquier relación profunda que implique ajustes personales recíprocos con otros adultos, como la que está presente en un

compromiso matrimonial o incluso en una amistad seria y duradera con otras personas de ambos sexos. De hecho, esta inseguridad de tener una relación profunda con otros adultos puede ser sustituida por la relación abusiva manipuladora con niños o jóvenes adultos en la que estos últimos están subordinados a la seguridad de su control y poder.

Los seminarios deben subrayar que el compromiso con la castidad debe ser la expresión de la entrega al amor de Dios y a su gracia, y por lo tanto debe incluir también el verdadero amor a las personas concretas a las que se debe servir con alegría y generosidad. Esto implica que el compromiso con el celibato exige que los seminarios inculquen en los seminaristas, contrariamente a toda arrogancia y elitismo clerical, el reconocimiento de la necesidad de mejora y desarrollo constantes para corregir los diversos aspectos del propio carácter, como la profunda inseguridad y la mala imagen de sí mismo, que son la base del propio egocentrismo y de la posible manipulación de los demás.

Los seminarios deben promover la existencia de una cierta austeridad general que favorezca el autocontrol en la vida de las comunidades de los seminarios, en las que se favorezca una cultura seminarista digna, sin ostentaciones frívolas y que sea la base de un auténtico espíritu comunitario de respeto mutuo y de servicio recíproco. Este espíritu comunitario debe incluir el contexto para el desarrollo de relaciones de amistad serias y diferentes entre los seminaristas, que deben evitar caer en camarillas exclusivas o en una intimidad excesiva. Así, la vida de las comunidades del seminario debe preparar a los seminaristas, en la medida de lo posible, para una vida, como sacerdotes, de servicio y respeto a todos, sin caer en algunas formas de camarillas clericales de élite o de excesiva intimidad con los laicos.

Además, la necesidad de rechazar cualquier tipo de elitismo exige que la formación de los seminaristas, que de diversas maneras corresponde a la organización de la vida y de los objetivos de los seminarios, se entienda en el contexto de la inserción de los seminarios en la realidad general de la Iglesia como tal. La vida de los seminaristas en sus respectivos seminarios no debe ser aislada del resto de la Iglesia. Porque sólo así los seminaristas evitan el peligro de alguna forma de sutil exclusividad y de separación elitista del resto de los miembros de la Iglesia. Esto requiere que los seminaristas se desarrollen como personas con la potencialidad de convertirse en sacerdotes en el contexto de compartir con el desarrollo continuo y el camino del Pueblo de Dios en general. De este modo, los seminaristas comprenderán que están formados para convertirse no sólo en sacerdotes que son líderes pastorales que guían a otros, sino también en sacerdotes de la Iglesia que son guiados por la riqueza y las iniciativas de los diferentes miembros del Pueblo de Dios.

Los seminarios deben enfatizar que todos los seminaristas, al igual que todos los sacerdotes, son responsables de su comportamiento y que ningún encubrimiento o silenciamiento con respecto a cualquier mala conducta en los seminarios tendrá lugar o es compatible con el sacerdocio. Esta exigencia de responsabilidad está relacionada con la exigencia de que los seminaristas estén especialmente formados para respetar la dignidad de cada persona como algo más importante que la protección de los aspectos meramente institucionales y burocráticos de la Iglesia. Si no se hace hincapié en ello, los seminaristas pueden desarrollar o consolidar una actitud en la que las estructuras

institucionales abstractas de la Iglesia, con las que los sacerdotes están oficialmente relacionados, puedan ser apeladas y defendidas para manipular a los seglares individuales como meros medios para los propios designios y deseos personales. Los seminaristas deben comprender que esta protección de la Iglesia institucional es totalmente contraria a la “fraternidad sacramental” al servicio del Pueblo de Dios que señala el Vaticano II (*Presbyterorum Ordinis*, núm. 8).

Cabe señalar aquí que, por una parte, todas las sugerencias que he hecho hasta ahora se refieren a la relación entre la crisis del abuso sexual clerical en la Iglesia y los diferentes aspectos de la formación de los seminaristas que deben ser implementados para enfrentar esta crisis. Por otra parte, todas estas sugerencias implican la necesidad de rechazar las diferentes manifestaciones del clericalismo. Es importante considerar con detalle el problema más general y fundamental de la cultura del clericalismo en la Iglesia en general.

Aclarando más detalladamente lo que ya he dicho, el clericalismo puede describirse como la situación en la que algunos miembros de la Iglesia son considerados de mayor valor e importancia que otros por el hecho de poseer una facultad oficial conferida por la ordenación sacerdotal. El clericalismo separa a los que están estrechamente relacionados con las estructuras institucionales jerárquicas de la Iglesia, es decir, el clero, de los miembros del laicado que son considerados meramente receptores pasivos de las decisiones y mandatos de los primeros. En la situación de clericalismo, los miembros del clero pertenecen a la élite de los líderes de la Iglesia a la que están totalmente subordinados los miembros del laicado. En efecto, dentro de la comprensión generada por el clericalismo, la actividad de los miembros de la Iglesia debe incluir siempre el compromiso de proteger la imagen y el prestigio de las realidades institucionales de la Iglesia y de su clero, de modo que la Iglesia se convierta en una sociedad eficaz y ordenada, que no esté sometida en absoluto a las realidades inferiores del mundo prosaico e indisciplinado asociado a los laicos. En esta línea, que corresponde al espíritu del clericalismo, es imperativo proteger el prestigio y la imagen de la Iglesia institucional y por lo tanto de su clero a expensas de las necesidades y objetivos personales de los laicos.

El rechazo del clericalismo significa que la Iglesia institucional y las funciones de su clero deben organizarse para servir al pueblo de Dios, e incluso a todos los seres humanos. Para poder realizar este servicio, los pastores en la iglesia no pueden ser una elite separada de los laicos. Como ha dicho el papa Francisco de una manera metafórica, los pastores deben “oler a oveja”. En otras palabras, los pastores deben acompañar a los diferentes miembros del Pueblo de Dios en su camino de fe, evitando cualquier forma de autoritarismo vertical y paternalismo.

Por lo tanto, el rechazo del clericalismo implica el rechazo de cualquier elitismo clerical o camarilla eclesial. Así como los seminaristas deben formarse en el contexto de su participación con el pueblo de Dios en general, como he indicado anteriormente, también todos los miembros de la Iglesia, incluidos los sacerdotes, deben compartir sus talentos y carismas únicos y distintos con los de los demás miembros de la Iglesia en un espíritu comunitario penetrante de enriquecimiento recíproco. Esto significa que no sólo los sacerdotes, sino también todos los bautizados, tienen una vocación pastoral que, de

diversas maneras específicas, implica conducir a los demás. Es importante que la Iglesia en general reconozca que el liderazgo pastoral específico de los sacerdotes debe ser ejercido en comunión con el liderazgo pastoral de todos los bautizados en la Iglesia. En última instancia, sólo esta aceptación mutua de los diferentes tipos de liderazgo pastoral de todos los miembros de la Iglesia eliminará la posibilidad de que cualquiera presuma de un estatus eclesial superior correspondiente a una dignidad pastoral exclusiva que, en muchos sentidos, constituye una base poderosa que refuerza y hace posible el abuso sexual clerical en la Iglesia. Esto no significa que los sacerdotes y obispos no tengan la autoridad de ser los ministros que presiden la unidad y la comunión en la Iglesia, expresada muy especialmente en su ministerio al presidir la celebración eucarística. Pero la comunión en la Iglesia implica, no sólo la comunión entre todos los miembros de la Iglesia con respecto a los sacerdotes y obispos, sino también la comunión necesaria de los sacerdotes y obispos con respecto a los demás miembros de la Iglesia a los que ayudan sirviéndoles. Por lo tanto, la sugerencia de muchos en la Iglesia, incluidos muchos obispos, de crear consejos eclesiales y cuerpos autorizados, que incluyan la participación de laicos en la misión de proporcionar responsabilidad respecto a los sacerdotes y obispos abusadores, es un movimiento en la dirección correcta. Pero a menos que estos consejos y organismos autorizados sean la expresión de la corresponsabilidad pastoral de todos los bautizados, y no sólo la expresión del reconocimiento de la mera colaboración de los laicos con el clero, estos grupos y organismos autorizados no abordarán de manera profunda el clericalismo en la Iglesia.

Iglesia que es la causa principal de la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia. El reconocimiento de los laicos como meros colaboradores del clero implica una nueva forma de subordinación de los laicos al círculo de elite superior del clero. En otras palabras, esta mera colaboración de los laicos con los sacerdotes implica, una vez más, una nueva forma de clericalismo. Por lo tanto, la única manera en que la crisis de los abusos en la Iglesia pueda ser razonablemente combatida es si la Iglesia en general experimenta un proceso muy significativo de renovación de sus propias realidades pastorales estructurales, por medio del cual se pueda eliminar la base subyacente en la que se da el clericalismo. Este proceso de renovación debe conducir al rechazo de la subordinación de los laicos a los sacerdotes mediante el desarrollo de estructuras eclesiales en las que todos participen de manera diversa en la corresponsabilidad pastoral del liderazgo en la Iglesia.

Como dijo el papa Benedicto XVI en su comunicación a la “Conferencia de Roma sobre los Laicos” de 2009, “todavía hay una tendencia a identificar unilateralmente a la Iglesia con la jerarquía, olvidando la responsabilidad común, la misión común del Pueblo de Dios, que, en Cristo, todos compartimos”. Benedicto XVI nos recuerda la corresponsabilidad pastoral de todos los miembros de la Iglesia. Nos pregunta: “¿En qué medida se reconoce y alienta la corresponsabilidad pastoral de todos, y en particular de los laicos?” Según el papa Benedicto XVI, este reconocimiento y estímulo implica que debe producirse un cambio en la percepción de los laicos en la Iglesia. Según él, los laicos de la Iglesia “ya no deben ser vistos como ‘colaboradores’ del clero, sino verdaderamente reconocidos como ‘corresponsables’ del ser y de la acción de la Iglesia, favoreciendo así la consolidación de un laicado maduro y comprometido”. Sin embargo, el papa Benedicto va más allá de exigir un cambio necesario en la percepción de los laicos en la Iglesia. Además, subraya la necesidad de un proceso estructural

correspondiente de renovación en la propia naturaleza pastoral de la Iglesia. Como nos dice, “es necesario mejorar las estructuras pastorales de modo que se promueva progresivamente la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios en su totalidad, respetando las vocaciones y los respectivos papeles de los consagrados y de los laicos”.

Es muy significativo para el propósito de esta presentación que, según Benedicto XVI, las vocaciones de todos los bautizados, incluida la vocación al sacerdocio, estén estrechamente relacionadas con el proceso de renovación eclesial en las estructuras correspondientes a la corresponsabilidad pastoral de todos los miembros de la Iglesia. Esto está muy relacionado con el énfasis que he hecho anteriormente, según el cual el rechazo del clericalismo está estrechamente relacionado con las formas en que deben organizarse los programas de formación en los seminarios para ayudar precisamente a aquellos que persiguen su vocación a convertirse en sacerdotes. Porque la vocación al sacerdocio, como la de cualquier otro en la Iglesia, no es una vocación a un círculo elitista exclusivo que pueda ejercer un poder y un control dominantes sobre los demás en la Iglesia. Contrariamente a los prejuicios del clericalismo, las distintas y diferentes vocaciones de todos los miembros de la Iglesia se basan en una comunión fundamental y penetrante y en el respeto recíproco universal entre todos los miembros de la Iglesia.

Por lo tanto, a la vista del clericalismo que ha prevalecido en la Iglesia, los miembros de la Iglesia en general, particularmente los obispos, deben considerar la difícil situación actual con respecto a la crisis de los abusos sexuales de sacerdotes como una oportunidad para un desarrollo positivo. Así, la profunda y extensa cólera negativa con respecto a esta crisis y su correspondiente deseo de corregirla que experimenta el Pueblo de Dios en general, debe convertirse en el compromiso por una renovación significativa de las estructuras pastorales de la Iglesia. Creo que esta significativa renovación eclesial solo se dará con la eliminación de una manera muy considerable de la posibilidad misma de abuso clerical en la Iglesia.

Comunicación

Las redes sociales y el #Synod2018 Un caso de estudio sobre Iglesia y Redes Sociales

Ariel Beramendi²

En las siguientes líneas se describe la estrategia de Social Media durante el Sínodo de los Obispos de octubre 2018. Se trata de un caso de estudio sobre el uso de las redes sociales en la Iglesia. La estrategia de comunicación y redes sociales es presentada en tres grandes fases: proyección, ejecución y evaluación.

Fase de Proyección

Por primera vez en el proceso sinodal, celebrado en la Iglesia Católica durante el mes de octubre 2018, las redes sociales fueron articuladas al proceso de preparación y celebración del Sínodo con una estrategia clara.

En estas líneas deseo describir la estrategia de integración de los medios sociales en el Sínodo de los Obispos sobre el tema “los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”.

La preparación del Sínodo tuvo varias etapas, entre ellas un cuestionario online, un seminario internacional sobre la situación de los jóvenes y la celebración en Roma de una reunión pre-sinodal que convocó a trescientos jóvenes de todo el mundo para reflexionar sobre temáticas de interés a las juventud, precisamente esta reunión Pre-sinodal fue la ocasión en la que participaron 15.000 jóvenes a través de las redes sociales.

En octubre 2017 la Secretaría General del Sínodo de los Obispos inició su presencia en las redes sociales con el nombre de “Synod2018” y se inició a promocionar el hashtag #Synod2018. Se abrieron perfiles en varias redes sociales: Facebook, Instagram y Twitter, YouTube, Flickr; y se activó una ‘landing page’ bajo el dominio www.synod2018.va (en cuatro idiomas) como sitio web institucional para el Sínodo sobre los jóvenes. Creo que sea importante recalcar que se realizó un trabajo minucioso

² Responsable de redes sociales del Sínodo de los jóvenes.

de SEO para que en las búsquedas en internet, nuestra página apareciera entre los primeros resultados.

Interacción constante = Engagement

Durante el primer semestre del año 2018 en los perfiles de redes sociales generamos una dinámica de interacción a través de preguntas para crear la “fidelización” de nuestros interlocutores. Cabe recalcar que cada acción realizada nació multilingüe desde el inicio, es decir que todo debía ser traducido al menos en cuatro idiomas.

Cada mes presentamos algunas preguntas abiertas para escuchar sus respuestas que revelaron datos y situaciones interesantes. Este es un ejemplo de lo que sucedió en Twitter a la pregunta en inglés:



A la pregunta “¿Qué te hace feliz?” algunos colectivos bien organizados respondieron en bloque con temáticas que todavía no habían sido tomadas en consideración. Por ejemplo:



A diferencia de respuestas que en cierta forma esperábamos y que de hecho llegaron en los otros idiomas.



Un termómetro

La experiencia de la interacción antes de la reunión pre-sinodal nos indicó algunas temáticas sensibles que aparecerían en el evento y a las que no necesariamente le habíamos dado tanta atención. En este sentido fue como tener un termómetro que nos ayudó a monitorear las sensibilidades de nuestra audiencia.

Otro ejemplo de lo mencionado podría ser el video de un obispo jamaicano compartiendo en un festival juvenil. Se trata de un video enviado a través de WhatsApp y que fue publicado en nuestras redes sociales y que ocasionó reacciones polarizadas. El vídeo en cuestión lleva el título: “video taken at Youth Explosion 2018 in Kingston, Jamaica”.



La prueba de la Reunión pre-sinodal

La reunión pre-sinodal tuvo lugar en Roma durante una semana del 19 al 24 de marzo de 2018. Por motivos logísticos solo pudieron asistir trescientos jóvenes de todo el mundo, no solo del ámbito católico sino también económico, artístico, político etc.

Con el objetivo de involucrar al mayor número posible de jóvenes de 16 a 29 años de edad se puso en marcha una estrategia a través de los grupos de Facebook: se abrieron 6 grupos en distintos idiomas, los participantes debían solicitar su inscripción cumpliendo tres requisitos:

- Tener entre 16 y 29 años
- Haber leído el reglamento
- Comprometerse a usar un lenguaje apropiado

Realizamos una campaña de invitación a través de las redes sociales y logramos crear una comunidad de 15.000 jóvenes cuyo punto de vista fue tomado en consideración durante la reunión pre-sinodal.



Los jóvenes reunidos en Roma tenían un esquema de trabajo en el que debían debatir y reflexionar sobre 15 temáticas concretas, los participantes en los Grupos de Facebook también contestaron las preguntas de las 15 temáticas que se discutían en Roma en grupos lingüísticos.

Cada grupo lingüístico de los jóvenes en Roma presentó una síntesis de sus trabajos y se creó una comisión de redacción de un documento final. A la comisión de redacción se entregó una síntesis de las respuestas de los grupos lingüísticos de los seis grupos de Facebook. Es decir, cada grupo de Facebook fue considerado como un grupo lingüístico más.

En la moderación, animación y síntesis de todo lo que sucedía en los grupos de Facebook nos ayudó un grupo de 20 voluntarios que debían monitorear los grupos durante todo el día.

Se realizaron quince preguntas a manera de banners donde los participantes virtuales respondían dejando sus comentarios, lo que activó un diálogo y debate interno al grupo de Facebook.

La síntesis de las respuestas fue un trabajo minucioso porque se debía leer centenares de comentarios y encontrar las temáticas comunes para realizar una síntesis adecuada y objetiva.

La interacción dentro de los grupos de Facebook fue muy importante para hacer sentir a la comunidad virtual que sí estaban siendo involucrados: en algunos momentos se transmitió en vivo desde la sede del encuentro, varios jóvenes enviaron sus respuestas y comentarios a través de videos de WhatsApp y que fueron publicados en los grupos de Facebook. De esta manera se generó una comunicación multidireccional a través de las redes sociales, en las que se logró incluir a los jóvenes que no llegaron a Roma.

Fase de ejecución

Las Redes Sociales durante el Sínodo

Del 3 al 28 de octubre tuvo lugar el Sínodo de los Obispos convocando a cerca de 270 obispos y otros treinta participantes, entre ellos: jóvenes oyentes, formadores, expertos e invitados. Un grupo de seis personas denominado “Social Media Group” puso en marcha una estrategia de comunicación a través de las redes sociales para apoyar el sistema comunicativo de la Santa Sede. El Social Media Group estaba compuesto por dos comunicadores españoles, dos comunicadores canadienses, un joven alemán, coordinados por el Social Manager de la Secretaría del Sínodo.

La comunicación e información durante el Sínodo fue coordinada por la Comisión de Información creada específicamente al inicio del Sínodo. El nuevo Prefecto del Dicasterio para la Comunicación – que acababa de iniciar su servicio – fue el Presidente de esta comisión de información y coordinó el enfoque principal de la narración del Sínodo hacia el mundo entero.

La tarea principal para el Social Media Group fue la creación de contenidos para las redes sociales del Sínodo, reforzando la narrativa formal e institucional que realizaban los medios vaticanos. Es decir que no se realizó una segunda narración del Sínodo, sino más bien una “mediación” de los contenidos con los códigos de los medios sociales.

Así, trabajamos en algunos productos comunicacionales puntuales:

- VIDEO:
 - Vídeos de un minuto sobre las conferencias de prensa diarias. Los videos eran producidos en cinco idiomas: español, francés, inglés, italianos, portugués y alemán.
 - Vídeo-entrevistas muy cortas, en idioma original, con testimonios y mensajes de participantes del Sínodo: jóvenes, obispos, cardenales, expertos/as, etc.
- IMÁGENES
 - Banners con frases importantes de las conferencias de prensa diarias
 - Álbumes fotográficos de las principales actividades.
 - “Los rostros del Sínodo”, es decir banners que presentaban a los participantes provenientes de 120 países, con nombres y cargos.

Todo el material fue difundido – en distintos horarios del día y de la noche – a través de nuestros perfiles de Facebook, Instagram y Twitter y utilizados también por las redes sociales de VaticanNews.va.

Otra propuesta fue crear banners con “rostros del Sínodo”. El itinerario realizado:

- Definir y fortalecer el branding: (Colores, logo y hashtag)
- Tomamos la decisión de crear productos usando un logo claro pero al mismo tiempo genérico: y elegimos usar la palabra #SYNOD2018 con los colores blanco, negro y

amarillo. No se utilizó en primer plano el logo “formal” de la Secretaría del Sínodo para no comprometer la comunicación institucional y formal que durante el evento fue canalizado por la Oficina de Prensa de la Santa Sede.

- En los gráficos y videos usamos constantemente la marca creada para el evento.

Contenidos de calidad

Para la elección y producción de los contenidos fue muy importante la vigilancia constante del evento para captar momentos sobre salientes, de fuerte emotividad y de contenido profundo. Es decir, se trabajó en la forma y en el contenido, en la estética y en el mensaje.

Algunos ejemplos son los videos-mensajes que los cardenales lanzaron a los jóvenes o saludos espontáneos que se vivieron durante las tres semanas del Sínodo de los Obispos.



Cardinal Tagle has found himself 'young' when with young...
327 mil reproducciones · 25 de octubre



#Synod2018 Jóvenes latinoamericanos entregan su...
193 mil reproducciones · 17 de octubre

La siguiente imagen inmortaliza el momento en el que Hafa, un joven de Iraq, que había pronunciado un discurso impactante dentro del Aula Sinodal, saluda al Papa Francisco, antes de regresar a su país por una situación familiar.



Otro criterio para la selección de videos e imágenes fue que “menos es más”, en el sentido que desde el Grupo de Social Media, nos preguntábamos constantemente qué podemos ofrecer a nuestro público que aún no se haya ya publicado.

Sinergias

Con el deseo de llegar con nuestros contenidos al mayor número de personas, nos hicimos dos preguntas: ¿Quiero tener la exclusiva de las visitas? Es decir quiero dirigir todo el flujo de visitas solo a mis perfiles y página web. Y, ¿deseo que nuestro mensaje llegue a una audiencia más grande?

Elegimos la segunda opción e iniciamos a crear sinergias con organismos afines a nuestro ámbito de trabajo:

- El portal VaticanNews.va
- Los responsables de las redes sociales de la JMJ Panamá 2019
- Oficinas de juventud de Conferencias Episcopales
- Sitios web y redes sociales de sitios católicos, movimientos, grupos juveniles, etc.

Muchos de nuestros contenidos fueron difundidos nativamente en estas redes sociales y otras de las que perdimos el control, pero que sí eran monitoreadas a través del uso del hashtag #Synod2018.

Viralizar contenidos

Difundimos también algunos contenidos por mensajería privada, en particular por WhatsApp y esto nos aseguró que el mensaje llegara capilarmente incluso a las personas que no estaban presentes en las redes sociales.

Tomamos esta decisión, aún con el riesgo de que nuestro trabajo no fuese respetado en términos de propiedad intelectual, pero que demuestra que los contenidos que producíamos sobre el Sínodo de los Jóvenes estaban llegando a miles de usuarios finales.

Inversión en promoción

En la experiencia #Synod2018 tuvimos la oportunidad de contar con un pequeño fondo económico para promocionar algunas publicaciones de Instagram y Facebook. Gracias a una discreta inversión económica tuvimos mayor visibilidad de los contenidos.

Sin embargo, cabe destacar que además de la inversión fue necesario elegir muy bien las audiencias para cada tipo de publicación, por ejemplo jóvenes menores de 30 años, estudiantes, universitarios, interesados en religión y/o espiritualidad, o de determinadas regiones geográficas.

Además fue necesario usar aplicaciones como HootSuite y TweepDeck que nos permitieron programar y monitorear constantemente nuestro contenidos en las redes sociales.

Fase de Evaluación

Los datos que ofrecen las redes sociales han facilitado la evaluación del trabajo realizado durante el mes de difusión de nuestros contenidos.

En Facebook tuvimos un alcance estimado de casi dos millones de personas que representó el 590% más de la actividad normal de la página en esta red social.



Los videos publicados tuvieron al menos 660.790 visualizaciones (lo que representó un incremento de 809%)

Los datos del perfil de Twitter @Synod2018 indican que durante el mes de octubre se superó el millón y medio de visualizaciones de los contenidos emitidos. Así lo refleja el siguiente gráfico.

Un consejo final, siempre y cuando se pueda, encuentra un momento para mostrar el trabajo a tus jefes.

► Carisma salesiano

***Salir a las periferias para dar lo que eres.
La santidad como misión³***

*Francesc Torralba
Universitat Ramon Llull (Barcelona)*

1. A modo de prologo

Ante todo, deseo agradecer al Rector Mayor la invitación a participar activamente en este evento salesiano. Por razones familiares, tengo en gran estima la obra de Don Bosco. Mis cinco hijos se han formado en un centro educativo salesiano en la ciudad de Barcelona y uno de ellos, mi hijo adoptado, Valentín, que tiene necesidades especiales, ha sido atendido, con sumo cuidado, por sus educadores sociales que han contribuido enormemente a su crecimiento integral.

Gratitud, pues, es la primera palabra que emerge de mis labios.

También agradezco la posibilidad de visitar, de nuevo, la ciudad de Torino, que tiene un gran valor simbólico para toda la comunidad salesiana, pues aquí es donde Don Bosco inició su actividad educativa y apostólica con los jóvenes de las periferias. He visitado en dos ocasiones la ciudad de Torino participando en el congreso 'Torino Spiritualità' y esta ciudad me fascina, especialmente, por sus librerías.

El tema que me invitan a tratar es muy bello. Deseo explorarlo a la luz del magisterio del Papa Francisco. Tengo el honor de ser consultor del Pontificio Consejo de la Cultura y sigo atentamente el desarrollo de su magisterio en el mundo.

El pensamiento del Papa Francisco sobre la santidad es un pensamiento vivo y dinámico, con lo cual toda descripción del mismo debe ser interpretada en clave provisional. A pesar de ello, existen unas líneas fuerza que configuran su *forma mentis* y que nutren su pensamiento presente y, muy probablemente, futuro. Nadie puede anticipar el pensamiento de un ser humano, tampoco lo pretendo en esta obra, pero sí que forma parte de mi propósito identificar las constantes, los pilares que sustentan su vida mental y sus intuiciones sociales y eclesiales.

El Papa Francisco articula sus mensajes con un lenguaje claro y directo, es capaz de hacerse inteligible a personas de muy distinta condición. Es escuchado y querido por

³ Ponencia de las Jornadas de la Familia Salesiana 2019.

un gran nombre de fieles, pero su discurso también despierta interés entre los no creyentes, porque tiene la habilidad de comunicar de un modo claro y directo.

Su voluntad de llegar a los no iniciados, de salir de la propia comunidad para contactar con quien está más allá de ella, se pone de manifiesto en sus discursos. Su pretensión es sumar e integrar y, en el mejor de los casos, tender puentes de diálogo con quienes no participan de la misma cosmovisión ni opción de vida. Esto es lo que se espera de un Pontífice, que tienda puentes y reúna y acoja distintas sensibilidades.

Centraré mi exposición en tres ideas claves en la llamada a la santidad: el valor de la autodonación, la necesidad de salir de uno mismo y el imperativo de llegar a las periferias del mundo. Gran parte de estas ideas tienen como foco de inspiración la exhortación apostólica, *Gaudete et exultate*. Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual del Papa Francisco.

2. La autodonación: camino de santidad

La autodonación es la verdadera vía de santidad. El proceso de autodonación exige superar una cadena de barreras invisibles. No se presenta como un itinerario fácil, sino más bien como una subida. A pesar de que la teleología del don está inscrita en cada ente, desde el más ínfimo hasta el más complejo de la escala de los seres, el ser humano se halla con una serie de obstáculos para liberar el don.

La vía de la autodonación que proponemos aquí choca, frontalmente, con las propuestas que reinan en el imaginario colectivo, en el cual la felicidad se concibe como la obtención de placer, la culminación de un deseo, o bien como el confort o el bienestar material, pero raramente se vincula a la práctica de la donación.

Es necesario constatar que estos modos de concebir la felicidad humana causan un verdadero mal al espíritu, pues cuando uno adquiere el placer que supuestamente le daría la felicidad o el confort que debía garantizarle tal felicidad, experimenta un profundo vacío y se percata que la felicidad está en otra parte.

Somos don y estamos hechos para don. Nos ha sido dada una naturaleza y sentimos, desde la vocación originaria, la llamada a dar lo que somos, pero esta llamada choca con un obstáculo fundamental: el *ego*. El *ego* no es un don, ni una realidad tangible, tampoco es algo que tenga entidad en sí mismo. Es una tendencia, un vector, una fuerza que se opone al movimiento de la autodonación, como una especie de resistencia fundamental, atávica, que priva el proceso de donación gratuita.

Para ahondar esta noción de autodonación es clave subrayar la perspectiva de Don Bosco. San Juan Bosco emplea el binomio trabajo y templanza para iluminar la cuestión. Con la palabra *trabajo* se refiere a la donación, esto es, a la práctica de darse, a través de la acción. Es la dimensión visible del acto de autodonación. Con la palabra *templanza* se refiere a la ascesis interior, al ejercicio de trascendencia del ego que exige, necesariamente, el acto de donarse. Ambos elementos nos configuran al Cristo (Artículo 34 de la Carta de Identidad Carismática).

Según Albert Einstein, la exigencia de liberarse del *ego* es un mensaje común y universal en todas las religiones y no exclusivo del cristianismo. El propósito de todas ellas es liberarse del *ego*, puesto que sólo así es posible superar la visión fragmentada y dualista de la realidad; sólo así es posible practicar la benevolencia universal y la gratuidad, sentir verdaderamente compasión por el otro, ensanchar los límites del propio yo para conectar con la experiencia fundamental del otro. La compasión exige, como condición de posibilidad, la práctica de la liberación del *ego*, porque es imposible compartir el *cum* de la compasión, si el *ego* no trasciende su mundo y empatiza con el destino del otro.

Frente a la dinámica egológica que encierra al ser humano en su pequeño y diminuto mundo, está la dinámica del amor, que le extasía, le abre a los otros, a dar lo mejor de sí mismo. Escribe Søren Kierkegaard: “*El amor no busca lo suyo: porque en el amor no hay ni mío ni tuyo. Ahora bien, mío y tuyo no son más que una determinación relativa a ‘propio’; por lo tanto, si no hay ni mío ni tuyo, tampoco hay algo propio; y no habiendo nada propio es, sin duda, imposible buscar lo suyo*”⁴.

La vía de la felicidad y de la armonía social pasa, necesariamente, por la liberación del *ego*. Esta exigencia trasciende los universos religiosos y une, hondamente, a todos los seres humanos. Por ello, escribe el teólogo suizo, Hans Urs von Balthasar: “Cualquiera que, aún fuera del cristianismo, quiera romper su estrechez egoísta y hacer el bien por el bien, recibe una luz que le indica un camino que puede y debe seguir, luz que al mismo tiempo le da la revelación de la verdad y una vida más dinámica”⁵.

La verdadera espiritualidad es autodonación, es apertura que trasciende la tendencia egocéntrica. Ello nos exige discernir a cada momento qué debemos hacer. Escribe el Papa Francisco: “El discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos” (GE, 175).

3. Salir de sí: camino de santidad

Salida de sí es una de las expresiones más utilizadas por Jorge Mario Bergoglio a lo largo de su magisterio pontificio y que aplica a distintos ámbitos y realidades.

Expresa un movimiento, o mejor todavía, una actitud frente a la vida, un modo de ser y de estar en el mundo. Consiste en descentrarse, en olvidarse de uno mismo, del propio mundo personal para abrirse al mundo del otro. No significa, en ningún caso, la negación de la propia identidad, sino la superación de la autorreferencialidad y del narcisismo.

Salir de sí constituye un movimiento tanto en el sentido físico como en el sentido espiritual del término. No solo significa desplazarse a otro lugar, conocer otra tierra,

⁴ S. KIERKEGAARD, *Las obras del amor*, Sígueme, Salamanca, 2006, p. 320. La cursiva es del autor danés.

⁵ H. U. VON BALTHASAR, *Teodramática*, t. 3, Encuentro, Madrid, 1993, p. 484.

prestar atención a una nueva geografía, a un nuevo lenguaje, sino también ser capaz de ahondar en otras categorías intelectuales, en otro universo lingüístico y espiritual, en definitiva, penetrar en otro marco referencial. Este movimiento es intrínseco al espíritu de la misión.

Salir de sí mismo es, en sentido estricto, una operación extática. *Éxtasis*, en el sentido más genuinamente griego del término, evoca este movimiento hacia fuera de uno mismo, hacia la alteridad. En clave espiritual, denota el encuentro con la Realidad absoluta, con la Alteridad indisoluble que el ser humano halla en lo más profundo de su interioridad y que, en ningún caso, se identifica con su yo.

En referencia a este punto, resulta pertinente en este contexto evocar la figura de san Francisco de Sales y recordar los artículos 27 y 28 de la *Carta de identidad carismáticas de la Familia Salesiana* donde se explicita el triple sentido que él otorga a esta expresión y la espiritualidad salesiana traduce como una espiritualidad de lo cotidiano.

En la filosofía de san Agustín, en lo más íntimo del ser humano habita el Cristo interior, pero sólo quien sale de su propio mundo, rompe su caparazón de ideas y de referencias, es capaz de experimentar tal encuentro.

Uno sale de sí mismo cuando es capaz de adoptar la forma de recipiente y se deja interrogar, cuestionar y aleccionar por la realidad que le circunda. El cristiano está llamado a salir de sí mismo, a negar su ego, tal como se expresa en el Evangelio y a entregarse a su prójimo, pero también la iglesia está llamada a realizar este movimiento, a salir fuera de sí misma para irradiar a Cristo en el mundo con una voluntad misionera. La cerrazón individual tiene como consecuencia la pobreza espiritual y la claustrofobia existencial.

Así, pues, la salida de sí, evoca una doble actitud. Por un lado, denota voluntad de conocer la alteridad, lo que está más allá del yo y de su mundo (sentimientos, pensamientos, recuerdos, anhelos, problemas, ilusiones), pero, por otro, evoca la voluntad de comunicar lo que uno cree en esa nueva realidad. La salida de sí no posee una función turística, no responde a la mera curiosidad intelectual. No se trata de salir de sí mismo porque uno esté harto de lo que es, cansado de su propio terruño y necesite consumir novedades para llenar de sentido su existencia.

La salida de sí, posee otro fin: revelar lo que uno cree, irradiar a Cristo en el mundo, ser instrumento de pacificación, pero ello sólo es posible, si uno tiene la audacia de salir del cerco que conoce, del territorio que domina y que controla y asume el riesgo de fracasar, de ser herido y ridiculizado.

En efecto, la audacia es la virtud indispensable para realizar este movimiento y se opone radicalmente a la pusilanimidad. El pusilánime tiene tanto temor a fracasar, a quebrarse, a ser herido, que prefiere no salir de su propio mundo, de sus representaciones mentales. Vive en una pequeña burbuja intelectual, protegido, a cobijo, pero desconoce la novedad radical de Dios, porque prefiere instalarse en una imagen acomodaticia de Dios que él mismo se ha forjado.

Escribe el Papa Francisco: “Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo tiene todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios” (GE, 41).

La audacia es la virtud que nos predispone a asumir riesgos, a enfrentarnos a lo desconocido, a indagar en los límites, a cruzar las fronteras. Esta es la virtud que reconocemos en los grandes espíritus misioneros que, a lo largo de la historia de la iglesia, han llegado a los confines de la tierra, para comunicar el mensaje liberador de Cristo a todos los seres humanos. Para salir de sí, tanto a nivel individual como eclesial, es imprescindible asumir riesgos, estar dispuesto a equivocarse y a aprender de los errores cometidos.

Parece oportuno, en este momento, hacer referencia a la misma historia de Don Bosco y su vinculación a la ciudad de Torino. Precisamente este lugar donde estamos, en pleno siglo XIX, era, entonces, una periferia de la ciudad de Torino. Don Bosco se sintió llamado a vivir entre los jóvenes más pobres y abandonados, asumiendo todos los riesgos que ello suponía. Con este paso audaz dio origen a un nuevo estilo de presencia, de relación, de propuesta educativa y evangelizadora en el mundo juvenil. Un carisma, éste, presente hoy en tantos lugares del mundo.

Para salir de sí resulta imprescindible utilizar el lenguaje adecuado. Solo si uno es receptivo al lenguaje que se maneja en las periferias, será capaz de comunicar adecuadamente con los seres humanos que habitan en aquellas lindes. Para ello es imprescindible estar atento, ser receptivo, aprehender las categorías intelectuales que ahí se utilizan para, posteriormente, traducir el propio mensaje en un lenguaje que sea significativo. Esta tarea es imprescindible y ha sido una constante en la historia de las misiones. De hecho, muchos misioneros fueron pioneros a la hora de estudiar y exponer la gramática de pueblos cuya cultura se transmitía y, en muchos casos, se sigue transmitiendo de un modo oral.

La salida de sí, pues, además de audacia, requiere de adecuación. Adecuarse al destinatario es imprescindible para llegar a él y comunicarle algo que sea significativo para él, que suscite alguna resonancia en su interior. Al salir de uno mismo, de su propio lenguaje y de sus propias categorías, siente vértigo, se pone en situación de fragilidad, porque duda de su traducción, se pregunta si su modo de comunicar el mensaje expresa fielmente lo que cree o se adultera significativamente mediante el ejercicio de traducción.

El principal obstáculo a la salida de sí, además de la pusilanimidad, es el puritanismo, el temor a contaminarse cuando uno abandona sus propias categorías intelectuales para llegar al otro y comunicar un mensaje que sea significativo. La rigidez intelectual, la inflexibilidad y el temor a perderse en lo ambiguo, tiene como consecuencia final la repetición de lo mismo, con las mismas categorías que pueden ser útiles en el propio ámbito social y cultural, pero, en cambio, completamente irrelevantes e incomprensibles en las periferias.

La idea de salida de sí se vincula estrechamente con la *cultura del encuentro* y con la noción de *diálogo*. En efecto, el encuentro interpersonal requiere de la salida de sí de ambos interlocutores. Solo si ambos salen de sus propios mundos y se disponen a revelar lo que realmente sienten y piensan se produce el encuentro.

El diálogo requiere de la alternancia entre la salida de sí y la receptividad. Solo si uno hospeda la palabra del otro en su propio interior, puede responder a sus inquietudes y establecerse una verdadera comunicación dialógica. El emisor sale de sí mismo y comunica el mensaje, pero éste solo puede hallar acogida, si el receptor se vacía de sí mismo y se dispone a hospedarlo en su interior. Este proceso de alternancia es intrínseco al ejercicio del diálogo.

Salir de sí, pero, ¿Para qué? Salir para anunciar, para sanar, para consolar, para enseñar. Esto significa salir, a pesar de no ser bien recibido. Este movimiento está constantemente referido en la historia de la salvación.

Los personajes bíblicos salen de su entorno, de su situación, obedecen la llamada de Dios que les impela al movimiento de salida. Es el caso paradigmático de Moisés. El patriarca auscultaba una voz que le convoca a salir, con su pueblo, de la tierra de Egipto.

El éxodo del Pueblo de Israel es la primera expresión de esta salida buscando la liberación de toda forma de opresión. La salida de sí tiene una causa eficiente: la llamada de Dios. Es Dios quien llama a salir a las periferias, a descentrarse, a entregarse a los demás, a abandonar las seguridades del propio mundo para entregarse al prójimo.

En un plano estrictamente teológico, la salida de sí es una operación que tiene lugar en el plano de la misma divinidad. Dios, al crear el mundo, sale de sí, hace emerger una realidad de la nada (*ex nihilo*) y, a través de ella, manifiesta su ser, pero Dios no sólo crea, se revela en la historia.

La revelación puede interpretarse también en esta clave: Dios comunica su Palabra al mundo, da a conocer sus designios a la humanidad, la hace partícipe de su verdad. Sale de sí para elevar al hombre al plano de lo divino, le comunica el camino de salvación.

Esta salir de sí o movimiento extático de Dios no obedece a ninguna necesidad o carencia por parte de Dios, lo cual sería contradictorio con su naturaleza. Es una expresión de amor, un fruto de su amor, porque el amor es difusivo y comunicativo por sí mismo. Quien ama, se da a sí mismo, sale de su propio caparazón para liberar al otro, para sanar sus heridas.

La culminación del movimiento extático de Dios es la encarnación del Hijo. El Dios Padre envía al Hijo al mundo para darse plenamente a la humanidad y salvarla. Esta salida de sí acaba con la pasión y con la muerte en cruz del Hijo de Dios. Dios, al salir de sí mismo, al encarnarse, asume la condición humana y todo lo que conlleva, la finitud, la indigencia y todas sus epifanías, como el dolor, la fatiga, la desesperación y la soledad; se hace uno de los nuestros sin abandonar su naturaleza divina.

4. Las periferias de la existencia y del mundo

Una categoría estrechamente relacionada con la salida de sí es la noción de *periferia*. El cristiano está llamado a salir de sí mismo para transitar hacia las periferias. La periferia es ese territorio que está más allá de lo conocido, situado en las fronteras del mapa, lejos del centro de gravedad. Salir de sí para ir a las periferias requiere la audacia de penetrar en territorios arriesgados donde uno no sabe exactamente lo que se va a encontrar.

Periferias del mundo es una expresión que tiene un sentido estrictamente físico, geográfico. El papa Francisco se refiere con ella a esos ámbitos y territorios del mundo donde se sufre, donde el dolor y la indignación se manifiestan con gran intensidad. Nos referimos a esas áreas del planeta castigadas por las guerras, los genocidios, el hambre, la sequía, las dictaduras, el desastre ecológico, la violencia o la droga con sus consecuencias dramáticas que sobre todo afectan a los grupos más vulnerables de la sociedad, entre ellos, los niños y los jóvenes.

Periferias de la existencia es, también, una de las expresiones que más eco ha tenido del magisterio del papa Francisco. No son lugares; tampoco son territorios físicos. Son etapas de la existencia, episodios de sufrimiento, de soledad y de desesperación que todo ser humano puede vivir a lo largo de su decurso vital. Nadie está a salvo, porque la fragilidad es consustancial a la persona humana.

La vida humana, tal como la describe el sumo pontífice, no es un *continuum*, tampoco es algo completamente previsible. Todo lo contrario. La novedad siempre está al acecho. Acaecen situaciones y episodios que uno no había imaginado, se cruzan circunstancias límite que ponen crisis todas las convicciones y toda esperanza. Adviene la enfermedad, la crisis de fe, la frustración laboral, la ingratitud, el dolor, la traición y la infidelidad.

El cristiano y también vosotros, miembros de la Familia Salesiana, por vuestra vocación específica, estáis llamados a salir de sí mismo, a transitar por las periferias de la existencia, para estar presente en esas circunstancias donde todo se viene abajo, donde cruje y uno se abandona a la desesperanza. En tales periferias de la existencia, estáis llamados a ser luz y fuente de esperanza.

Nadie desea ubicarse en las periferias de la existencia. Todo el mundo prefiere permanecer en el centro, donde todo está bajo control, donde todo fluye de manera rutinaria. Precisamente la Iglesia se siente llamada a hacerse presente no solo de un modo superficial, sino con la voluntad de arraigar, de quedarse, de transformar esa realidad. Para ello es fundamental la dinámica de encarnación, con todos los riesgos que ello supone.

Sin embargo, la función de la Iglesia es la de ser madre y maestra (*mater et magistra*), como apuntó Juan XXIII, ser fuente de consolación y de curación en estas circunstancias periféricas. Justamente en las periferias de la existencia es donde es más necesario que nunca el lenguaje de la esperanza, pero también donde es más difícil articularlo dada la fractura en la que se vive.

Las periferias de la existencia son, también, lo que el filósofo y médico, Karl Jaspers (1883-1969), denominó las situaciones límite (*die Grenzsituationen*): el dolor, la enfermedad, el fracaso, el desamor, la culpa, la frustración, la muerte propia y la muerte de un ser amado. Cuando uno sufre una circunstancia de este tipo, se viene abajo, se caotiza su existencia y se produce una ruptura de los roles habituales, de las rutinas cotidianas. Entonces es cuando necesita, más que nunca, la ayuda de los demás, el apoyo incondicional, el consuelo sin fiscalización, en definitiva, un hospital de campaña para curar sus heridas. La iglesia está llamada a ser este hospital de campaña que se instala, provisionalmente, donde están las periferias de la existencia, para aliviar el dolor, sanar el alma e inocular esperanza.

Nadie desea estar en las periferias del mundo y, sin embargo, el planeta está poblado de estas áreas de sufrimiento. En esos ámbitos es más necesaria que en ningún otro lugar, la esperanza y la consolación. La iglesia en salida que Jorge Mario Bergoglio promueve tiene una doble función. Por un lado, debe curar y aliviar, pero, además, debe transmitir el mensaje liberador y esperanzado del Evangelio. Esta es la llamada que han experimentado los fundadores de institutos y de movimientos eclesiales. Este imperativo del Papa Francisco consiste, en el fondo, en un regreso a los orígenes, pero en las nuevas circunstancias del mundo actual.

El papa Francisco hace hincapié que la iglesia no es una organización no gubernamental de carácter asistencial. Está en el mundo para irradiar a Cristo, para comunicar su luz y su mensaje y por ello debe ser madre y maestra, hospital de campaña, pero, también foco transmisor de la esperanza en la resurrección.

Forma parte de la responsabilidad de las instituciones educativas dar a conocer estas periferias del mundo para que los ciudadanos más jóvenes sean conscientes de ello y no sucumban a la globalización de la indiferencia. Es fundamental luchar contra la ignorancia, contra la delincuencia y contra la marginación con las armas de la educación para evitar la reproducción de más periferias del mundo.

Estamos llamados, todos, laicos, religiosos, presbíteros, a ser y a vivir esta misión que es el camino de santidad, un camino que no está vetado a nadie, que cada cual puede transitar desde su condición, con sus recursos, talentos y energía vital, pero que solo puede culminar si es sostenido, a cada instante, por Dios.

► Pastoral juvenil

*Dios habla en la historia*⁶

José Luis Corzo

Introducción

Nuestro castellano está plagado de expresiones religiosas como la de mi título. Se diría que somos el país más piadoso del mundo. Dios lo quiera, lo manda Dios⁷... Algunos dicen que arraigan en lo más hondo de nuestra fe, y añaden otros que influye mucho el habla musulmana que compartió nuestra piel de toro.

Y lo curioso es que esa forma de hablar se mantiene, aunque ya con muy poca o ninguna fe cristiana. Hoy, que todos confiamos en el saber mundano, más o menos científico y verificable, y con él hablamos de la salud, de la meteorología, de la historia y hasta de la política, seguimos con el lindo “hasta mañana, si Dios quiere”. Lo malo es cuando deriva en asertos malsonantes o –tras el lío electoral– alguno dice que “será lo que Dios quiera”. “¿Y por qué tendría que serlo?”, le preguntarán otros. “Porque sin que Él lo quiera no hay gobierno que valga”.

A lo mejor, este fenómeno hispano del lenguaje también aleja un poco más de la fe a muchos conciudadanos nuestros, ya bastante despreocupados de responsabilizar a Dios no digo del gobierno, sino ni siquiera del último tsunami o de la malformación congénita de su bebé. ¿Y no habrá que alegrarse? Bonhoeffer, agudísimo observador de los signos de su tiempo, certificó desde su prisión nazi el nacimiento de una época totalmente no-religiosa, es decir, que ya no tiene a dios como “hipótesis de trabajo”⁸.

⁶ Ponencia en las jornadas “A la escucha de Dios hoy. Audacia y creatividad” del Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid.

⁷ “El hombre propone y Dios dispone”, “Dios escribe con renglones torcidos”, etc. Luis Eduardo Aute reúne muchas de estas expresiones en su canción *Idiosincrasia*: “Dios te ilumine, si Dios quiere,/ con la ayuda de Dios./ A Dios rogando y con el mazo dando,/ adiós./ Vaya por Dios, Dios mío, la de Dios/ es Cristo, como hay Dios./ Dios mediante, si Dios no lo remedia,/ los sin-Dios, con Dios, como Dios/ manda, palabra de Dios./ Aquí no se mueve ni Dios,/ castigo de Dios, por Dios, por Dios.../ Dios los crea, lo que Dios mande,/ Dios proveerá./ Dios aprieta pero no ahoga,/ a la buena de Dios./ La madre de Dios, en las manos de Dios,/ como Dios,/ por esos mundos de Dios,/ en nombre de Dios./ ¡Dios santo! ¡Dios no lo permita!/ Dios te bendiga,/ pordiosero,/ vive Dios,/ Dios se lo pague, vive Dios,/ Dios te oiga,/ vive Dios,/ Dios bendito, vive Dios,/ Dios nos pille/ confesados. Aquí no se aclara/ ni Dios,/ gracias a Dios”. Luis Eduardo Aute, “*Idiosincrasia*”, disco *Templo* (Ariola, 1987).

⁸ Son muy luminosas para todo esto las cartas de la prisión del teólogo mártir Dietrich Bonhoeffer, al que citamos implícitamente en varias ocasiones: *Resistencia y sumisión*, Ariel, Barcelona ²1971.

Pues bien, esta ponencia quisiera dilucidar qué aliento del Espíritu de Dios hay en quienes usan nuestra expresión –“Dios habla en la historia” (o la escribe o la dibuja)– y también en quienes la rechazan⁹. Es nuestra mejor actitud pastoral, ya que no me gustaría esforzarme en una lección teológica sobre la real intervención o no de Dios en nuestras historias para, luego, poder administrársela a nuestros parroquianos y alejados, en dosis apropiadas. Aquí preferimos una pastoral más *in fieri* que normativa, que busca amoldarse a la acción del Espíritu Santo.

Así que la pregunta es por el hálito del Espíritu de Dios en esas dos formas de hablar. ¿Acaso no veis en los que se niegan a cargar a Dios con nuestro mal gobierno una responsabilidad que los honra? Demasiado dijimos que los gobernantes representaban a Dios. Y en quienes repiten día y noche que “Dios así lo quiere”, ¿no adivináis su certeza en que “en Él existimos, nos movemos y somos” (Hch 17,28)?

Acariciemos, pues, con nuestra razón creyente –eso es hacer teología– esta doble sensibilidad: “Dios habla en la historia”. “No, de ninguna manera; la historia es cosa nuestra, ¡y así va ella! Nada es vox Dei”. En realidad ya podría terminar mi ponencia juntando ambas en la mejor versión –musical, por cierto– que he escuchado hasta hoy: “No quisiera expresarme de una forma demasiado romántica, pero podría ver las circunstancias que he tenido que afrontar a lo largo de mis años como las notas de una partitura que me he encontrado delante. Me tocaba a mí hacer sonar esas notas que yo no había escrito”¹⁰.

Una música ajena, ciertamente, pero que la hemos de tocar nosotros. Y es que la música es casi tan hermosa como las palabras: nuestra verbosidad se la debemos al Creador, verboso también Él, desde “el principio”, que se dice a sí mismo... e hizo también locuaces a sus creaturas¹¹. Pero además inos dirigió a nosotros su Palabra en la historia! ¿Dónde, si no? Su arcana y misteriosa Palabra se hizo carne y en ella articuló su propio aliento vital para hacernos amigos: “Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Jr 30,22). Hoy, aquel texto sagrado, la Escritura, ocupa nuestro atril comunitario y la hemos de leer con nuestras vidas. ¡En voz alta!, naturalmente: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar lo que yo os he mandado” (Mt 28,19ss.)¹².

Para entender nuestro dilema, tenemos que distinguir algunas cosas a la luz de nuestra esperanza y de nuestra fe, y recibidas del amor de Dios.

1. El totalmente Otro, diferente de todo lo conocido y de todo lo desconocido, no es objeto de nuestros sentidos ni de nuestra mente. Trasciende la experiencia

⁹ Dedicué mi última lectio académica (17 de octubre de 2013) a “La historia, lengua de Dios en teología pastoral: don Milani, por ejemplo”: *Salmanticensis* 3 (2014) 395-414.

¹⁰ Adele Corradi, autobiografía inédita por el momento y próximamente en Educar(NOS).

¹¹ “Mil gracias derramando/ pasó por estos sotos con presura/ y yéndolos mirando/ con sola su figura/ vestidos los dejó de hermosura” (san Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 5ª estrofa).

¹² Y en versión paulina: “Ha hecho Dios brillar la luz en nuestros corazones para irradiar el conocimiento de la gloria que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4,6).

humana y nada absolutamente, ni los milagros, podría atraparle in fraganti en una acción temporal.

Ya era muy costoso saltar el repugnante “gran foso” del que hablaba Lessing: el que separa... el conocimiento histórico y la verdad absoluta¹³: “Las verdades históricas, como contingentes que son, no pueden servir de prueba de las verdades de razón, como necesarias que son”¹⁴.

Además, son muchos los que desconfían de la historia con el refrán popular “¡así se escribió la historia!”. El filósofo rumano Emil Cioran (1911-1995) la despreciaba: “Todos los sueños, filosofías, sistemas o ideologías se estrellan contra lo grotesco del desarrollo histórico: las cosas ocurren sin piedad, de un modo irreparable; triunfa lo falso, lo arbitrario, lo fatal. Es imposible meditar sobre la historia sin sentir hacia ella una especie de horror. Mi horror se ha convertido en teología, hasta el punto de creer que no se puede concebir la historia humana sin el pecado original”¹⁵.

Y, además, no conocemos nada *in intellectu, nisi prius fuerit in sensu*, nada sin los sentidos en nuestra mente. La filosofía del conocimiento es apasionante y alarmante, a la vez: ciertos a priori mentales –y hasta cerebrales– actúan con eficacia para elaborar nuestro conocer. La misma historia ni siquiera reside en los hechos brutos que acontecen, sino en “el sentido” que les otorgamos. Los periodistas, esta mañana por ejemplo, tejen con alguna intención hechos y palabras cuidadosamente escogidos para componer la crónica de hoy. Entre otros peligros, Simone Weil advirtió que “la historia es la sede de un proceso darwiniano más despiadado incluso que el que gobierna la vida animal y vegetal. Los vencidos desaparecen. No son nada”¹⁶. ¿Y va a ser ahí donde hable Dios?¹⁷

Pero lo que más nos cuesta es invertir el esquema de nuestra verdadera situación ante Dios: ni le descubrimos ni le añadimos a nuestros saberes; es Él quien nos busca y encuentra cuando, por fin, nos reconocemos a nosotros mismos en su misteriosa presencia. No es objeto de nuestro conocer, sino al revés: somos conocidos por Él y, más que argumentar si existe o no, deberíamos suscitar entre nuestros conciudadanos la pregunta de en qué manos estamos y, en consecuencia, quiénes somos nosotros.

¡Qué difícil pasar del deus ex machina, el tapaagujeros de nuestra ignorancia, al Dios que nos contiene! Su realidad nos descentra; ni cumple nuestros deseos ni nuestro

¹³ “On sait avec quelle maîtrise les grands Scolastiques résolurent ensuite le grand problème de transformer une histoire sainte en une science organisée” (H. de Lubac, *Dieu se dit dans l’histoire*, Du Cerf, París 1974, p. 39).

¹⁴ G. E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*, Anthropos, Barcelona-Madrid 1990, p. 482, citado por P. Rodríguez Panizo, *La herida esencial*, San Pablo/Comillas, Madrid 2013, p. 81.

¹⁵ E. M. Cioran, Entrevista de J. L. Almira: *El País*, 13 de noviembre de 1983. El poeta León Felipe lo expresó de forma más amable: “¿Quién lee diez siglos en la historia y no la cierra/ al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?/ Los mismos hombres, las mismas guerras/ los mismos tiranos, las mismas cadenas,/ los mismos farsantes, las mismas sectas./ ¡Y los mismos, los mismos poetas!”.

¹⁶ *Echar raíces*, Trotta, Madrid 1996, p. 174.

¹⁷ “Jacques Delors, por entonces –mediados de los años ochenta– a la cabeza de la Comunidad Europea, encargó a una docena de académicos que redactaran una breve historia de Europa. El proyecto jamás se llevó a cabo, porque los historiadores no consiguieron ponerse de acuerdo... No cabe duda de que la objetividad histórica no existe” (Rosa Montero, “Historias”, *El País*).

porvenir mundano, sino que nos llama y saca de nuestras casillas, como a Abram y a Moisés (Gn 12,1; Éx 3,4ss.).

Reconozcamos, pues, que tanto el ser de Dios como la naturaleza de nuestro conocer nos piden renunciar radicalmente a ver a Dios como un elemento de la historia y del mundo, y a confundirlo con nada conocido. Es la teología negativa de nuestra mejor tradición espiritual, y cualquier hecho histórico quedará siempre en la ambigüedad.

Los milagros –todavía requisito indispensable de las canonizaciones católicas, y tan presentes en los evangelios– no pretenden otra cosa que suscitar el asombro con que señalan lo que está más allá de lo empírico, pero no prueban nada:

1. Aparte de que pocos los vieron y resulta difícil su transmisión narrativa.
2. La Biblia no los reconoce como una exclusiva del Dios verdadero (como las serpientes del faraón: Éx 7,11-12). San Juan narra siete de ellos como epifanías (*semeion*) de la gloria de Cristo (cf. Caná).
3. Los sinópticos repiten –y eso acredita la historicidad del relato– que Jesús rechazaba a quienes pedían señales del cielo –*semeion apo tou ouranou*– y no eran capaces de ver signos en las ocasiones temporales –*semeia ton kairon*– (Mt 16,3; Lc 12,56). Se necesita alma de niño para asombrarse ante lo extraordinario, y aquellos fariseos, escribas y saduceos no tendrán ya más señal que la de Jonás (Mt 16,4; 12,39; Lc 11,29), que, referida a la Resurrección, es acción exclusiva y directa de Dios y, como tal, solo de fe.
4. En cuanto a su posibilidad teológica y científica –que no deberían discordar–, sus defensores actuales y, por cierto, también sus detractores consideran los milagros en el contexto de la física moderna, la del azar, la impredecibilidad matemática, la fluctuación cuántica y, en definitiva, la teoría del caos. Así tratan de situarlos en los intersticios de las leyes de la materia para que su existencia no contamine la Trascendencia divina, o bien para negarlos.
5. Y, por fin, pedimos milagros, pero ¿qué clase de Creador necesitaría corregir su creación a cada paso? O, en paralelo, ¿qué clase de Salvador ha de interrumpir una y otra vez la libertad concedida a su mejor creatura, el hombre, y manipular el curso de la historia?

Tras la apologética antirracionalista de la fe cristiana, culminada en el Concilio Vaticano I, ni los milagros prueban a Dios ni la fe descansa sobre ellos. Todo indica que Dios se implica en la historia humana respetando su propia y maravillosa creación. El hombre ha hecho civilizaciones y culturas, ha creado la música y otras artes, ha vencido las pandemias y reconocido los derechos humanos, ha subido a la luna... “Lo hiciste poco inferior a los ángeles¹⁸,/ lo coronaste de gloria y dignidad,/ le diste el mando sobre las obras de tus manos,/ todo lo sometiste bajo sus pies:/ rebaños de ovejas y toros,/ y hasta las bestias del campo,/ las aves del cielo, los peces del mar,/ que trazan sendas

¹⁸ “Lo has hecho poco menos que un dios”, traduce L. Alonso Schökel, *Antología de poesía bíblica hebrea bilingüe*, Editorial Fundación Teresa de Jesús, Zaragoza 1992, p. 153.

por el mar./ Señor, dueño nuestro,/ ¡qué admirable es tu nombre/ en toda la tierra! (Sal 8).

Puede que en nuestras vidas haya más de un milagro, que atribuimos a la Providencia¹⁹ y que no queramos ahora cancelarla. Si me permitís usar una fábula –hermana menor de los mitos, según Umberto Eco–, os contaré el milagro de un naufrago piadoso, Romoletto Staticoni²⁰.

2. Y, sin embargo, Dios habló en la historia, pues sin historia sagrada no hay fe cristiana: nuestro credo le confiesa creador de cielo y tierra, que habló por los profetas y a su Palabra encarnada, Jesucristo, crucificado, muerto y sepultado, lo resucitó al tercer día. Solo su mediación humana nos es accesible. Creación y Resurrección, no.

El Vaticano II recuperó para nosotros la certeza de una revelación divina histórica, narrativa, no argumentativa y lógica. El padre De Lubac, como tantos otros, era un entusiasta de la constitución conciliar Dei Verbum y escribió un hermoso libro titulado Dios se dice en la historia²¹, “por obras y palabras intrínsecamente ligadas entre sí” (DV 2).

Nos será fácil reconocer que también la historia sagrada ha sido escrita con un criterio organizador e intérprete del sentido salvífico de ciertos acontecimientos²². Como las madres, cuando cubren a sus hijos de palabras y epítetos amorosos, llenos de exageración y de mentiras literales, expresan su gran verdad: ¡rey mío!,

¡corazón!, ¡vida mía! Así, el objeto de la historia sagrada no es certificar hechos del pasado, sino describir al Dios que nos salva. Su objetivo es mostrar la revelación de Dios en la historia, más que hacer la crónica de dicha revelación²³.

Varias preguntas nos acucian a la vista de nuestra historia sagrada:

1ª. Que Dios nos hable en la condición temporal humana –si no, sería inaudito e inaudible, como si hablara en galaxias ajenas a la nuestra– ¿significa que manipula la realidad material, que interviene en ella?

¹⁹ J. Lison, *¿Dios proveerá? Comprender la Providencia*, Sal Terrae, Santander 2009.

²⁰ U. Eco, “Maestras de la vida”: *El País*, 4 de noviembre de 1988, traductor: Daniel Sarasola. El protagonista confiaba tanto en la ayuda de Dios que despreció las humanas, sin comprender que era así como Dios le ayudaba.

²¹ H. de Lubac, *Dieu se dit dans l'histoire*, o. c.

²² Sirva de ejemplo esta rara observación laica: “La realidad es la comarca de lo contingente, entendiendo por contingente aquello que puede pasar o puede no pasar, sin que sea posible saber por qué pasa o no. En un texto literario, en cambio, todo lo que sucede debe ser necesario (...). Cada texto de Sacks [Oliver, neurólogo y escritor (1923-2015)] es una lección de montaje o de edición. Monta o edita la existencia de sus pacientes de tal modo que construye historiales clínicos que sirven por igual a la ciencia y a la literatura” (J. J. Millás, “La ceguera como don”: *El País*, 31 de agosto de 2015).

²³ Cf. A. González, *La historia bíblica. Signo particular de liberación universal*, Escuela Bíblica, Madrid 1970.

La Biblia respondería que sí, sin duda, pues atribuye al Verbo de Dios más eficacia que a ninguna otra fuerza²⁴. Pero también podríamos contentarnos con identificar su Palabra con meras interpretaciones arbitrarias de hechos humanos bien contados, seleccionados y combinados entre sí, como hacen Le Monde, The New York Times o Telecinco. Esto ha llevado más de una vez a las religiones al exceso de chamanes, brujos y adivinos de todo tipo, que buscan afanosos cómo reconocer en signos visibles la intervención de Dios en la historia. ¿Será solo el éxito su voz? ¿O también el fracaso señala su enojo y su castigo?

2ª. ¿Cuál sería entonces el sonido de la voz de Dios? Si me permitís ahora como fábula una parodia de Woody Allen, comprenderéis la dificultad y hasta el abuso frecuente a la hora de hablar y, a veces, de imponer a otros la voluntad de Dios (la que un creyente desea aceptar con toda su alma):

“Abraham se despertó en mitad de la noche y dijo a su único hijo, Isaac:

–He tenido un sueño en el que la voz del Señor me ha ordenado que sacrifique a mi único hijo, así que ponte los pantalones.

E Isaac tembló y repuso:

–¿Y qué has dicho tú? Me refiero después de que Él te presentase la papeleta.

–¿Y qué iba a decir? –contestó Abraham–. Estaba allí de pie a las dos de la madrugada y en ropa interior ante el Creador del Universo. ¿Qué querías que dijera?...

Entonces Sara, que había oído sin decir palabra el proyecto de Abraham, se enfadó y dijo:

–¿Cómo puedes estar tan seguro de que era el Señor y no uno de tus amigos tan bromistas? Dicen que el Señor aborrece las bromas de mal gusto...

A lo cual respondió Abraham sin dudarlo:

–¡Estoy seguro de que era el Señor! Tenía una voz profunda, resonante, bien modulada, como nadie en este desierto...”²⁵

3ª. Insistimos: ¿no será, pues, posible verificar empíricamente la voz de Dios? Nunca jamás. Su palabra siempre está mediada por nuestras respuestas. Insistir en demostraciones objetivas revela que imaginamos la Palabra de Dios como algo de fuera de este mundo. Pero Él permanece inmanente a sus hijos, y hasta su Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros; solo habla en relación y diálogo con los seres humanos.

²⁴ “La Palabra es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos” (Heb 4,12). Que es fuente de audacia y creatividad y de compromiso socio-económico lo abordan dos ponencias en estas mismas jornadas.

²⁵ Woody Allen, *Dieu Shakespeare et moi*, Du Seuil, París 1985.

Además, esta es la cualidad más escondida de cualquier palabra que se precie: o se dirige a otro o se evapora²⁶. “Quien habla a solas, espera hablar a Dios un día”, dijo Antonio Machado. Sara podrá reírse una vez más de la veracidad de semejante diálogo, pero a cualquier Abraham, como a nosotros, no le cabrá la menor duda. Veremos enseguida si tal diálogo es o no tan ambiguo.

El caso es que de insistir en acciones directas de Dios, sobrevenidas, empíricas, verificables, sin mediación humana alguna, no podemos entender nada. Siempre serían “objetivas” a la medida de nuestras expectativas históricas –y occidentales!, para más señas–, que solo nos servirían para regresar al *deus ex machina*. Y, de paso, para detectar supuestas omisiones culpables de Dios; tal vez en Auschwitz, como dicen algunos, o en las playas griegas de Lesbos... El caos de una providencia histórica diseñada por nosotros mismos sería absoluto²⁷.

“El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona” y nos deja vivir sin la hipótesis de trabajo “dios” (en expresión sublime de D. Bonhoeffer). Y en ese respeto activo por la libertad de su creatura –a la que hizo poco menos que un dios– jamás lo abandona definitivamente al poder del pecado y de la muerte.

4ª. Y, por fin, ¿ya se acabó la historia sagrada o aún habla el Señor?

La revelación culminó en Jesucristo; en Él “nos lo dijo todo junto”, escribió san Juan de la Cruz. En el diálogo de Jesús de Nazaret con su Padre –durante su vida y su crucifixión–, llegó a su plenitud la Revelación salvífica de Dios en la historia humana.

Pero el máximo de su revelación está, paradójicamente, en el silencio del Padre en el Calvario, donde, “a pesar de ser Hijo, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos” (Fil 2,7). Su identificación con los últimos y con las víctimas de la historia fue tal que nadie en diálogo con Dios podrá dudar jamás de que Él acompañaba y acompaña a los que sufren, como hizo allí, y “levanta(rá) del polvo al desvalido... para sentarlo con los príncipes de su pueblo” (Sal 113), como ya lo hizo glorificando a Jesús; esa sí, una acción creadora, suya en exclusiva, directa, como quisiéramos que fueran los milagros. En la Pascua de la Resurrección,

“Dios produce algo que no está dentro del mundo. Dios (y no cualquier doble superfluo de la realidad presente y en evolución) es el Otro extraterritorial, más allá de nuestra totalidad y de nuestros sistemas, capaz de abrir la realidad e

²⁶ Se entiende muy bien el temor de Platón a la escritura: “Pues eso es, Fedro, lo terrible que tiene la escritura, y que es en verdad igual a lo que ocurre con la pintura. En efecto, los productos de esta se yerguen como si estuvieran vivos, pero si les preguntas algo, se callan con gran solemnidad. Lo mismo pasa a las palabras escritas. Se creería que hablan como si pensarán, pero si se les pregunta con el afán de informarse sobre algo de lo dicho, expresan tan solo una cosa que es siempre la misma”. [Las palabras] “tienen una simiente de la que en otros caracteres germinan otros discursos capaces de transmitir siempre esa semilla de un modo inmortal, haciendo feliz a su poseedor en el más alto grado que le es posible al hombre” (Platón, *Fedón. Fedro*, Alianza Editorial, Madrid 1999, pp. 266-270).

²⁷ Por ejemplo, un conocido –al hilo de una reciente serie televisiva– me decía hace poco, muy convencido, que Carlos V se equivocó al no liquidar a Lutero y a Bartolomé de las Casas.

irrumper en ella transformándola y creando lo nuevo (...). Solo el Dios que salva a los muertos puede justificar a los pecadores”²⁸.

La Pascua cristiana anticipa el final escatológico de la historia dentro de ella misma. Ya podemos vivir una vida nueva, porque la glorificación de Jesús corrobora la validez de su entrega a los pobres y a los pecadores. Por eso algunos teólogos medievales ponían a Jesús en el centro –no al final– de la historia y creían inaugurado el milenio con la llegada de los fraticelli de Francisco de Asís²⁹.

Pues bien, para poder asimilar ese destino final del tiempo histórico en nuestras vidas temporales permanece la acción del Señor, que es Espíritu (2 Cor 3,17) y que nos guía por los acontecimientos hasta la verdad completa (Jn 16,13). La posibilidad de una lectura creyente de la actualidad no se ha terminado.

3. Nuestra salvación no comporta una historia feliz, sino ver su gloria. Es un don, no un logro humano, y ningún hecho histórico se homologa con ella. Ignoramos el sentido global de la historia, sometida al juicio divino. Dios es su fin (y no al revés). ¿Acaso el mal invalida la salvación de Dios?

Nuestra sensibilidad secular moderna respecto del tiempo es muy contradictoria. Nietzsche daba por terminada “la historia con final” (de origen judeo-cristiano) y auguraba un historia interminable, nueva versión del eterno retorno, que él aconsejaba vivir cultivando el olvido³⁰. En nuestro tiempo, ya todo es temporal y autónomo; las cosas son de aquí o de ninguna parte. Y, por otro lado, somos excesivamente presentistas, nos falta memoria histórica y narrativa y casi carecemos de esperanza. ¡Con más instrumentos que nunca, nuestros proyectos son raquíticos! (Francisco, *Laudato si*). No todo el curso de la historia humana, ni antigua ni moderna, ni judeocristiana ni occidental, oriental o africana es historia de salvación. Tampoco todo en nuestra historia personal está salvado: ¡cuánto tiempo perdido!, ¡cuánta misericordia necesitamos! De la historia humana ni siquiera sabemos si va hacia mejor (y, menos, a un mejor evaluado desde los parámetros occidentales desarrollistas). No hay que confundir –nos avisaba De Lubac y también Rahner³¹– la búsqueda con el don gratuito de su gracia.

En semejante marco, nuestra teología no debería exagerar el futuro histórico como si identificara la salvación de Dios con el éxito de la historia universal, sino que debemos

²⁸ H. Kessler, *La resurrección de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, p. 249.

²⁹ Cf. J. Ratzinger, “La teología de la historia en san Buenaventura”, en *Obras completas II*, BAC, Madrid 2013, pp. 355-573.

³⁰ Cf. J. B. Metz, “Dios. Contra el mito de la eternidad del tiempo”, en AA. VV., *La provocación del discurso sobre Dios*, Trotta, Madrid 2001, pp. 35-53.

³¹ “La historia se declara como el ámbito en el que no se encuentra la salvación..., como el ámbito de lo provisional, de lo inacabado, de lo ambiguo, de lo dialéctico... Toda utopía intramundana de salvación está ya rechazada de antemano como doctrina a condenar”(K. Rahner, “Historia del mundo e historia de la salvación”, en *íd.*, *Escritos de teología V*, Taurus, Madrid 1964, pp. 115-134).

perseverar en la memoria de Jesús y de su solidaridad con los marginados: ellos serán la verdadera voz de Dios –iy no otra!– hasta el juicio definitivo de la historia (Mt 25).

Por lo demás, nos podría extrañar que la Comisión Teológica Internacional del Vaticano³², cuando estudió la teología de la liberación, constatará cierto desinterés del Nuevo Testamento por el curso de la historia: puede que fuese aquella una época muy distinta de la nuestra o que los primeros cristianos estuvieran convencidos de la inminente llegada del último día, pero creían más en la verticalidad de la acción de Dios que en su parsimoniosa horizontalidad. Les preocupaba, en cambio, el *cur tam sero*: por qué había llegado tan tarde el Salvador, que se lo perdieron los profetas, los reyes y los padres de Israel. No hay más que ver los antiguos iconos orientales de la resurrección como bajada de Cristo *ad inferis*.

La economía *salutis* es histórica y –contra toda gnosis– es indispensable para conocer la salvación de Dios. Pero la salvación no se homologa con la historia en la que se manifiesta; más bien, se diría que esta es “la máscara bajo la que se oculta Dios”³³. Ni la salida de Egipto ni el regreso de Babilonia fueron etapas de una historia homogénea de salvación, sino solo capítulos de su revelación en esta historia, no culminada en la Jerusalén libertada o conquistada³⁴. Hoy, Jerusalén es una de las ciudades más divididas y disputadas del mundo; grandes regiones de la Iglesia primitiva son hoy tierra musulmana. Y, más cerca de nosotros, si el Señor hubiera adelantado milagrosamente la victoria de los aliados y librado a los judíos de Auschwitz³⁵, sin duda habría salvado sus vidas –inada menos!–, pero con ello no habría culminado la *historia salutis* y, de rechazo, el Señor de Israel estaría implicado en la victoria final, tras el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki! “Del día y la hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo; solo el Padre” (Mt 24,36).

El escándalo del mal aumenta nuestra inquietud por la historia, pero ¿acaso el mal invalida la acción salvífica de Dios? Tal vez sea así para quien solo admite un Creador, pero “nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles... pero fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 1,23ss.).

³² H. Schürmann, “Salvación escatológica de Dios y responsabilidad profana del hombre”, en Comisión Teológica Internacional, *Teología de la liberación*, BAC, Madrid 1978, pp. 43-80.

³³ La voluntad y la acción de Dios no coinciden, pues, con el curso del mundo visible y no pueden descubrirse en él a modo de teleología. Ocurre más bien que se contradicen a menudo con la lógica de la evolución y de la historia (triumfo del más fuerte, adaptación de los mejores, etc.), y una prueba clara de ello es la vida, muerte y resurrección de Jesús (tercer grado). De ahí que sea imposible equiparar los éxitos (triumfos, salud, larga vida) con la bendición de Dios y los fracasos con el castigo de Dios; puede ocurrir lo contrario. “El curso del mundo” –por decirlo con Martín Lutero– es a menudo “la máscara bajo la que se oculta Dios”. Pero esa acción de Dios, oculta bajo su contrario, nada tiene que ver con la hegeliana “astucia de la razón” en la historia. Mientras existan el sufrimiento, la injusticia y el pecado, no se podrá comprender el sentido global de la historia. No se puede entender especulativamente ni cabe sintetizar conceptualmente la relación que guardan entre sí la conservación y providencia de Dios (respetando la actividad propia del mundo) y su acción vivificadora y salvadora (el *opus proprium* de Dios). La afirmación de la unidad última de la acción de Dios es un enunciado de fe y de profesión de fe que debe realizarse existencialmente frente a las antinomias del mundo” (H. Kessler, *La resurrección de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1989, p. 242).

³⁴ Es el título de una obra de Torcuato Tasso (1544-1595), después llamada *La Jerusalén conquistada*.

³⁵ Cf. L. Fackenheim, *La presencia de Dios en la historia*, Sígueme, Salamanca 2002.

Esta es la cuestión de la teodicea, definitivamente iluminada en la cruz de Jesucristo. El silencio de Dios en el Calvario parece desazonarnos más a los creyentes que a nuestros contemporáneos, ya muy secularizados y alejados de todos los dioses, pero ¿no sería este el momento de manifestar a todos –como hace Francisco– que el escándalo mayor está en la crueldad e indiferencia de un mundo que se ha hecho “adulto”? Hemos de preguntarnos más veces qué salvación de Dios predicamos.

4. Observar de cerca la mediación humana en el actuar histórico de Dios.

- Solo el amor es digno de fe³⁶: rebasa lo humano sin quitar su protagonismo.

- Gracias a la fe en la Palabra de Dios (Evangelio) podemos interpretar los signos de los tiempos.

Lo más apasionante, creo yo, de nuestra reflexión es observar atentamente la cercanía continuada de Dios en la historia, mediada –no directa– por hombres y mujeres concretos, como Jesús de Nazaret, el hijo de María, y también por vosotros y por mí.

Hablamos de la Causa increada inmanente en las causas segundas –según santo Tomás³⁷–, pero que no las instrumentaliza a su antojo, como objetos, sino que las respeta en su libertad, en su creatividad y en su esfuerzo³⁸. Dios actúa “a medias con nosotros” en una verdadera relación interpersonal de confianza mutua (que, desde aquí llamamos fe y, en Él, fidelidad a su alianza). Es así como interviene en nuestra historia quien no duerme ni reposa (Sal 121).

Debe ser algo parecido a como actúa el espíritu humano sobre nuestro cerebro; sin él, el espíritu personal quedaría fuera de juego, pero –aunque bastante programado– el cerebro no determina ni predice la vida individual; el espíritu le inspira y le respeta. Nos sucede a diario, y seguro que a vuestra mente llegan mensajes reconocibles del hálito divino: de pronto se ve claro que hay que pedir perdón o perdonar de corazón; o entregar más tiempo o dinero o esfuerzo... para ayudar al hermano; o que hay que “dejarlo todo y seguirle”.

No se trata de ocurrencias fortuitas y sin fundamento; se apoyan en el testimonio – entrega personal, al fin y al cabo– de innumerables testigos, desde aquella entrega de Jesús en la cruz. Ellos manifiestan cuál puede ser la intención de Dios en su revelación en la historia: “que todos los hombres se salven y lleguen –llegemos– al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tim 2,4).

³⁶ Es el célebre título de U. von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1971.

³⁷ “*Deus operatur in omni operante*” (*Summa Theologiae* I, q. 105, a. 5). Y respecto del ser humano: “*Gratia non destruit sed supponit et perficit naturam*” (ibíd., q. 1, a. 8, ad 2).

³⁸ Cf. P. Castelao, “¿Qué significa que Dios actúa en la creación?": *Religión y escuela* 296 (2016) 18-21, donde prefiere el término “panenteísmo” para esta acción no “categorial o puntual” de Dios en la historia.

La colaboración de Dios con nosotros también debe ser parecida al amante que influye y sugiere, que espera paciente y que perdona, que vuelve al principio, que se lleva al desierto al ser amado y le habla al corazón hasta que le responda (Os 2,16).

¿Y quién de los dos diremos, después, que actúa? ¿El amante o el amado? ¿Las conexiones cerebrales o cierta inspiración espiritual (valga la redundancia)? Es el momento narrativo (y literario) de la hipérbole que exagera (y hasta del hipérbaton que cambia el orden de las cosas): acabamos en la otra orilla del mar Rojo, porque Dios nos sacó; “¡un guerrero, Yahvé! Los carros del faraón y sus soldados precipitó en el mar” (Éx 15,3-4). “El Señor ha hecho en mí maravillas... Dispersó a los soberbios... derribó a los potentados y exaltó a los humildes” (Lc 1,49ss.).

Nuestra teología no piensa en un dios griego –dinamismo universal o razón pura–, sino en la realidad tripersonal de Dios, capaz de intención, si nos entrega a su Hijo y al Espíritu amoroso de ambos con el que convocarnos sobre este monte a un banquete de manjares y vinos generosos (Is 25,6).

¿Y cómo actúa el amado? El amor que recibe le sostiene cuando se entrega a los hermanos y (como hoy se dice) le retroalimenta: la fe sostiene al amor y el amor sostiene a la fe. Al entregarse a los demás no nos hundimos, sino que el corazón se inunda de una alegría extraordinaria que recarga la entrega.

Pongo ejemplos casi intimistas, pero la Iglesia, pueblo de Dios, ha marcado –con mil ambigüedades– la historia occidental durante veinte siglos³⁹ y ella confirma la verdad del amor de Jesús hasta el extremo (Jn 13,1) (y al revés). Aun así, ¡sería imperdonable que nos apropiáramos como de una exclusiva cristiana del amor humano!

Hablemos del amor. Y, claro está, del que también procede de Dios⁴⁰, el de condescendencia, que supera la condición humana conocida; del agape hasta unilateral, capaz de dar la vida por el ser amado y hasta de amar al enemigo. Mujeres y hombres de la historia, lejos y cerca de nosotros, acogen misteriosamente y entregan libremente un amor así. ¡Es un milagro! Me gusta reconocerlo también en esas imágenes anónimas del Tercer Mundo en las que una madre desnutrida ofrece su pecho imposible a un bebé raquítico. Confían, sin mucho cálculo, en un amor divino y se entregan de lleno a los demás.

Karl Rahner derivó su teología sobre la acción de Dios, desde las causas primera y segundas de santo Tomás, hacia el análisis de la dialéctica existencial y ontológica en que vive el ser humano y que nos abre al Absoluto en las acciones más cotidianas. Así describió un cristianismo anónimo que, lejos de banalizar la revelación bíblica del amor de Dios, la reconoce extra moenia (fuera de las murallas). Tal inquietud de nuestro corazón (san Agustín) se la debemos a Dios mismo, y también con ella realizamos las obras de Dios en nuestra vida temporal.

³⁹ Cf. J. M. Laboa, *Por sus frutos los conoceréis. Historia de la caridad en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2013.

⁴⁰ “Amigos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7).

Cuando el pobre nada tiene y aún reparte,/ cuando un hombre pasa sed y agua nos da,/ cuando el débil a su hermano fortalece,/ va Dios mismo en nuestro mismo caminar (bis)./ Cuando alguien sufre y logra su consuelo,/ cuando espera y no se cansa de esperar,/ cuando amamos aunque el odio nos rodee,/ va Dios mismo en nuestro mismo caminar...⁴¹

Así pues, que Dios habla en la historia “a medias con nosotros” excluye que Él solo interfiera o manipule los hechos brutos de la historia. Es en la entrega por amor a su pueblo y al prójimo donde está el Espíritu del Señor; en la entrega de sus profetas y de su Hijo. Y ese es el rasgo primordial del testimonio de sus testigos: la entrega personal con la tradición recibida (parádoxis). Recordad el texto de Pablo en 1 Cor 11,23ss., en una conjugación completa del verbo paradidomi:

Yo recibí (*parélabon*) del Señor lo que os he transmitido (*parédoka*): que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado (*paredídeto*), tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: “Este es mi cuerpo, que se da por vosotros (*tò yper ymon*); haced esto en memoria mía”⁴².

Los signos de los tiempos se pueden distinguir en paralelo con el amor y la esperanza con que vivimos los creyentes los acontecimientos históricos. Como todos los signos y señales –a diferencia de los símbolos–, lo son de algo ya conocido de antemano. Por eso señalan la salvación de Dios a quien ya la conoce por su fe y dependen totalmente de la interpretación creyente de la realidad. Se diría que hay cierta mecánica en la lectura creyente de la actualidad: a estos hechos se aplica la memoria de Jesús y de la Pascua (como hacemos también al celebrar la eucaristía en mitad de la historia).

Esto no significa que se trate de acontecimientos solo para creyentes; al contrario, compartimos mil signos de la historia reconocibles también sin la fe como indicadores del progreso, de la paz, de la justicia, etc. Pero si utilizamos esta expresión, recuperada por Juan XIII en su *Pacem in terris* y, después, por la *Gaudium et spes* del Vaticano II⁴³, es porque los interpretamos con la *historia salutis* y los vemos unidos –como ya dijimos– a dos enseñanzas concretas de Jesús: una, en polémica con quienes le pedían signos⁴⁴; otra, con su anuncio escatológico, a la vista de Jerusalén, cuando los discípulos le piden: “Dinos cuándo serán estas cosas y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo” (Mt 24,3) o “la señal cuando todo esté para cumplirse” (Mc 13,4; Lc 21,7).

El Maestro les advierte que “se levantarán falsos cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios para engañar” (Mt 24,24; Mc 13,22). Y añade que deben aprender “la parábola de la higuera” y que “nadie sabe del día ni la hora, sino solo el Padre” (Mt 24,32.36; Mc 13,28.32; Lc 21,29). El Concilio prefirió omitir estas citas evangélicas para no vincular signos de los tiempos a un contexto solo escatológico⁴⁵.

⁴¹ Texto de José Antonio Oliver y música de Miguel Manzano, que sintoniza muy bien con K. Rahner, “Sobre la experiencia de la gracia”, en *íd.*, *Escritos de teología III*, Taurus, Madrid 1963, pp. 103-107.

⁴² Cf. G. Amengual, “Notas para una teoría y una pedagogía del testimonio”, en *íd.*, *La religión en tiempos de nihilismo*, PPC, Madrid 2006, pp. 147-184.

⁴³ Cf. las alusiones a la historia en GS nn. 1, 4, 11, 44, 55 y 62.

⁴⁴ También pedían señales sus paisanos nazarenos Mt 13,58; Mc 6,5-6; Lc 4,23ss.

⁴⁵ Cf. A. Tornos, “Los signos de los tiempos como lugar teológico”: *Estudios eclesiológicos* 53 (1978) 517-

De hecho, varios documentos conciliares señalan signos de nuestra época muy positivos y acordes con la salvación de Dios, como había hecho Juan XXIII en su *Pacem in terris*, donde señaló:

- a. El reconocimiento de los derechos humanos.
- b. La emancipación de los pueblos colonizados.
- c. Y también de la mujer.
- d. La sensibilidad pacifista.
- e. El ascenso social y económico de la clase obrera⁴⁶.

Estos signos alimentan la entrega amorosa y comprometida de los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad. Pero otros, como el daño causado a nuestra madre tierra –en la *Laudato si'* de Francisco–, nos advierten y corrigen nuestras actitudes erróneas.

En cualquier caso, estos signos o cuantos podamos detectar nosotros mismos en el mundo o en nuestra propia vida no deben identificarse con intervenciones directas de Dios: “ha derribado el muro de Berlín”, “ha sacado de Siria a millones de refugiados”... E igualmente llamaría a error atribuirle como castigo o bendición ciertos hechos históricos personales o colectivos de los que no es su autor.

Aprender a vivir nuestro tiempo y a rezar mejor

1. Francisco, en este mundo “sin Dios”, nos hace mirar a los crucificados

¿Cómo dialogamos hoy con la Palabra y el Espíritu de Dios? Francisco, en la Alegría del Evangelio, nos enseñaba que la homilía –gracias al sacerdote– es precisamente un diálogo entre el texto proclamado y la comunidad. Quien preside tiene ante el atril los temores, dudas y alegrías de todos en estas circunstancias históricas concretas, y para interpretar una partitura al piano o a la cuerda, más que discutir sobre su autor, hay que leer el pentagrama una y otra vez y distinguir bien tempo y arpeggios.

Francisco, por ejemplo –basta leer *Laudato si'*– siempre destaca los signos de nuestro tiempo, cuyos desafíos provocan respuestas personales y políticas, y él los sabe iluminar con el Evangelio. Resulta admirable su habilidad para llamar la atención de nuestra indiferencia ante los excluidos y crucificados por la injusticia. ¡Es una indudable opción pastoral, que hemos de imitar!

532; J. Sobrino, “Los signos de los tiempos en la teología de la liberación”: *Estudios eclesiológicos* 248-249 (1989) 249-269.

⁴⁶ Cf. Ch. Böttigheimer, *¿Cómo actúa Dios en el mundo?*, Sígueme, Salamanca 2015, p. 195.

(No me resisto a subrayar que en esa provocación de las respuestas personales consiste precisamente la educación, no en llenar de consignas las almas infantiles. Y Francisco lo demuestra constantemente.)

2. Solo la fe nos deja ver la providencia de Dios en las “cañadas oscuras”

La Providencia divina es un rasgo profundo del Dios revelado en Jesucristo y, más precisamente, en su crucifixión. No es un dato empírico para la razón ni la muestran los hechos brutos de la historia. Providencia no significa que Dios aparta los obstáculos de nuestro camino, sino su compañía por las cañadas oscuras (Sal 23). No se podría citar mejor ejemplo de la Providencia divina que Jesús invocando a su Padre en la cruz. ¿O acaso creíamos que solo hay Providencia cuando nos va bien?

3. Rezar no es doblegar su voluntad, sino pedir que se cumpla, y no la nuestra

Sobre la oración, muchos teólogos aseguran que es crisol o “piedra de toque de la fe”, como la llama Juan Martín Velasco: “La oración de petición es la forma natural para el hombre de vivir la relación de fe-confianza en el Dios presente en nosotros (...). Y si la salvación no es otra cosa que Dios mismo, *salus tua ego sum, dicit Dominus*, ‘tu salvación soy yo mismo, dice el Señor’ [Sal 35,3], entonces lo que pedimos a Dios en toda oración de petición es Dios mismo (...). No hay dos clases de objetos de petición: los que se refieren a la salvación y los relativos a los bienes mundanos, sino que siempre que se trata de verdadera oración –y no de una forma de poner a Dios a nuestro servicio...– se tratará de la petición de la salvación en las muchas ocasiones en que las circunstancias de la vida nos llevan a verla amenazada”⁴⁷.

4. La impotencia de Dios en la cruz muestra la cercanía del Dios cristiano

Hablar de la impotencia de Dios nos resulta negativo, advierte nuestro colega Luis Maldonado, que ha situado a la historia entre los sacramentos primordiales del cristianismo⁴⁸. “Pero se supera esa impresión si se la acompaña de la otra cara de esa misma afirmación, a saber, la responsabilidad humana, es decir, la potencia del hombre. El esfuerzo de la teología actual es conjugar la dialéctica de esta paradoja”⁴⁹.

El clamor de las víctimas de la historia –sus “ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvar[los] de la muerte”– fue escuchado (Heb 5,7) en la cruz de Cristo, como tan bien nos explicaba Julio Lois⁵⁰.

⁴⁷ J. Martín Velasco, *Orar para vivir*, PPC, Madrid 2008, pp. 73-75.

⁴⁸ L. Maldonado, *Sacramentalidad evangélica. Signos de la presencia para el camino*, Sal Terrae, Santander 1987.

⁴⁹ L. Maldonado, *La esencia del cristianismo*, San Pablo, Madrid 2003, p. 59.

⁵⁰ Cf. J. Lois, *El Dios de los pobres*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2007.

Conclusión

Si los faros de la fe cristiana apenas nos alumbran el futuro y los retrovisores muy poco el pasado, pues ejercitamos muy poco la memoria, los faros del presente son más potentes, y no podemos encandilarnos con una futura justicia universal que nos aleje de las víctimas de la historia que yacen a nuestro lado⁵¹. Quienes somos muy capaces de dar la vida en cualquier rincón del mundo no envidiamos la supuesta eficacia política a largo plazo. Bien sabemos nosotros que cada ser humano es un “universo de dignidad infinita”⁵².

Quisiera acabar en un acorde con la metáfora inicial de la partitura sobre el atril de nuestras vidas. Es de otra gran mujer, apasionada por la condición obrera⁵³, Simone Weil. Así comentaba el “hágase tu voluntad” del padrenuestro: “No estamos absoluta e infaliblemente seguros de la voluntad de Dios más que respecto al pasado. Todos los acontecimientos que se han producido, cualesquiera que sean, son conformes a la voluntad del Padre todopoderoso. [En el padrenuestro] pedimos la conformidad infalible y eterna de lo que se produce en el tiempo con la voluntad divina (...). Esto es lo que ocurre cuando sabemos hacer de todo acontecimiento cumplido, cualquiera que sea, un objeto de deseo. Es una actitud muy distinta de la resignación. La palabra aceptación es incluso demasiado débil (...). No porque lo que haya sucedido esté bien a nuestros ojos, sino porque Dios lo ha permitido y porque la obediencia del curso de los acontecimientos a Dios es por sí misma un bien absoluto”⁵⁴.

Con quienes nieguen la voz de Dios en la historia y con quienes la den por segura hagamos una pastoral cada vez más encarnada en este tiempo que recuerde lo del Reino: “ya está en medio de vosotros” (Mt 17,21) y “no es de este mundo” (Jn 18,36).

⁵¹ Cf. J. P. García Maestro, “El legado teológico de Gustavo Gutiérrez” (Pensar a Dios desde el reverso de la historia): *Lumen* 57 (2008) 247-271.

⁵² L. Milani, *Experiencias pastorales*, BAC, Madrid 2004, p. 156. No es de recibo, por ejemplo, un gran afán por la excelencia de los líderes del futuro e ignorar a los niños que hoy carecen de escuela o –como dicen– fracasan en ella. Oí estremecido una confidencia del confesor de don Milani, cuando le visité poco después de su muerte: “Verle allí –me dijo– a la luz de un candil, con un par de chavales deficientes a los que enseñaba a leer, me resultaba repugnante”.

⁵³ *La condición obrera* (1951) (Trotta, Madrid 2014) es una de las obras más conocidas de Simone Weil.

⁵⁴ S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 2009, pp. 132-133.

Cuidar *Relato de una aventura*⁵⁵

Margarita Saldaña Mostajo

Léase con cuidado...

La vida no viene con manual de instrucciones. Y la muerte tampoco. Aunque no lo hayamos calculado previamente, cualquiera de nosotros podemos encontrarnos un día en la situación de acompañar a una persona, quizá a un ser querido, en la difícil aventura del envejecimiento, la enfermedad y la muerte. Aun siendo «no cuidadores», mujeres y hombres sin formación sanitaria y sin cursos especializados de geriatría, la vida es capaz de proponernos el desafío de «cuidar». Y este desafío puede darnos miedo.

Nuestra cultura tecnificada nos transmite la impresión de que para cuidar a una persona que envejece y se dirige hacia la muerte es imprescindible contar con una gran cantidad de conocimientos y medios técnicos. La solución más razonable sería delegar la totalidad de los cuidados en manos de «cuidadores profesionales» y de instituciones especializadas. Corremos el riesgo de olvidar que, en esta fase esencial para toda persona que es el final de la vida, ningún confort material podrá sustituir jamás la presencia, el vínculo y el afecto.

Cada familia es un mundo y exige la máxima comprensión en las decisiones que toma respecto al cuidado de sus mayores. Según las circunstancias y capacidades de cada persona y de cada grupo familiar, las respuestas y los proyectos serán diferentes a la hora de garantizar que el final de la vida transcurra en las mejores condiciones humanas y materiales. El respeto que merece toda familia explica que estas páginas no encierren principios ni afirmaciones generales, sino un relato vivo y concreto, un puñado de experiencias vividas en primera persona y pasadas por el tamiz de la reflexión, por si pueden ofrecer alguna luz a quien decida tomar en sus manos la tarea de cuidar.

Durante algo más de tres años he vivido la aventura apasionante de acompañar cotidianamente a una mujer, Andrea, desde que le fue diagnosticada una enfermedad neurodegenerativa hasta el momento de la muerte... y un poco más allá. A lo largo del proceso he mantenido contacto con muchos profesionales cuya intervención ha sido

⁵⁵ Extracto del libro: *Cuidar. Relato de una aventura* (PPC, 2019), pp. 5-16.

valiosísima, en particular el médico de cabecera, la neuróloga, el podólogo, el dentista, el enfermero, el fisioterapeuta, la nutricionista, la logopeda y la profesora de yoga.

Cada uno desde su especialidad ha aportado su saber específico, casi siempre con gran calidad humana. Esta pequeña narración contiene todo mireconocimiento hacia los profesionales de la salud y pretende sencillamente compartir algunas pistas que puedan resultar útiles a los que, como yo, se ven embarcados en la responsabilidad de cuidar sin pertenecer al mundo sanitario.

He tenido la gran suerte de trabajar en equipo con tres compañeras formidables, Agostina, Linda y Naseem. Quiero citarlas con sus verdaderos nombres, en señal de homenaje a tantas mujeres –y también a tantos varones– que, en el anonimato de la historia, consagran buena parte de su energía al cuidado de las personas más vulnerables. Lamentablemente, en estos años me ha tocado también trabajar con otras dos personas de cuyos nombres prefiero no acordarme, por el sufrimiento estéril que han provocado en nuestro entorno.

No puedo dejar de mencionar con profundo agradecimiento la confianza inagotable que la familia de Andrea depositó en mí desde el primer día, haciendo posible con su actitud la relación que estas páginas relatan. Sin el apoyo incondicional que he recibido de cada uno de ellos, hijos, nietos y hermanos, nunca habríamos podido llegar a buen puerto.

Soy muy consciente del privilegio que ha supuesto para mí cuidar a Andrea. Como en toda relación, hemos vivido encuentros y desencuentros, pero confieso que cada día junto a ella ha despertado en mí motivos de alegría y agradecimiento. No todas las personas mayores tienen su calidad humana, y cuidar a todos los ancianos no es igual de sencillo. Espero, no obstante, que aquellas personas para quienes cuidar resulta un ejercicio difícil puedan también descubrir algún rayo de luz en estas líneas. Con el paso del tiempo, Andrea se ha convertido para mí en maestra de vida. Juntas, a trompicones a veces, a base de tanteos y desconciertos, con algunas lágrimas y muchas risas, cada vez con menos palabras y más comunicación no verbal, fuimos descubriendo las múltiples etapas de esta travesía propiamente humana que es, no solamente vivir y morir, sino saber que se vive y se muere.

La vida nos concedió el inmenso regalo de llegar juntas allí donde el camino se abre a un nuevo horizonte. Yo la dejé marchar suavemente, asomada a un misterio que me sobrecoge y me desborda. Aquí comparto sencillamente algunos aprendizajes de estos años, con el deseo de que otras personas encuentren fuerza, esperanza y alegría en la aventura de «cuidar».

Testimonio leído en el entierro de Andrea:

Querida Andrea:

Un día te pregunté qué es la elegancia, y me contestaste: «Una persona elegante es alguien que quiere pasar inadvertido y, a pesar de todo, atrae todas las miradas». ¡Eso

es lo que te ha pasado a ti! Tú atraes nuestras miradas incluso hoy, y seguramente a tu pesar. Déjame hablar un poco de tu elegancia; te prometo no exagerar.

Tú y yo nos encontramos hace tres años y medio, cuando tú empezabas a perder algunas facultades y yo acaba de llegar a Francia. Era demasiado tarde para conocer a «la dama» que tú habías sido; sin embargo, he tenido la suerte de conocer bien a «la mujer» que tú eres, fuera de todo rol y de todo convencionalismo.

Se suponía que tenía que acompañarte, pero ni tú, ni tus hijos, ni yo conocíamos el camino. ¡Qué magnífica aventura! ¡Cuántos tanteos y aprendizajes, cuántos desconciertos y pequeños enfados, cuántas risas cómplices y cuántos momentos maravillosos! Nunca podré agradeceréte bastante.

Al ver mi pobre francés y al saber que yo era incapaz de hablarte «de usted», tú misma me propusiste enseguida que nos tuteáramos, «porque la sencillez es lo mejor», me dijiste. Esta sencillez es parte de tu elegancia.

Estos últimos años, ya dependiente, te sentías muy bien en casa de tu hija, rodeada de cariño. Antes habías querido mucho tu casa de la calle de la Zarza. Sin embargo, habrías deseado cambiar el nombre de la calle, habrías preferido vivir en la calle de la Rosa. ¡Yo te decía que no se puede tener todo! Sí, Andrea, como cada uno de nosotros, tú albergabas tus propias espinas: las heridas y los errores de tu historia, tus pequeños defectos, el peso de la soledad, la angustia ante la pérdida de autonomía, la enfermedad, que iba destruyendo tu memoria y tu lenguaje, el miedo a la muerte...

En medio de tus espinas, yo soy testigo de la belleza creciente de tu rosa. La belleza de tu corazón, la elegancia de tu espíritu, no te han abandonado nunca, al contrario. Creo que esta belleza estaba arraigada en el amor. En primer lugar, el amor hacia cada uno de tus hijos e hijas y de tus nietos, que han sido hasta el final la niña de tus ojos, y cuyas fotos mirabas todos los días. Pero también el amor hacia tus hermanas y tu hermano, tus primos, tu ahijada, tus amigos... cuyas llamadas, cartas y visitas eran cada vez más importantes para ti.

Me has parecido muy elegante en tu capacidad de soltar, de dejarte hacer. ¡Cuánto te costó dejar de conducir! El coche, símbolo de la autonomía que desaparecía... Poco a poco, con confianza y con suavidad, has ido aprendiendo a dejarte conducir por unos y por otros, por cada una de las señoras que te han acompañado; has aprendido a caminar de la mano porque tu equilibrio era ya muy frágil.

Juntas hemos dado la vuelta a los estanques cientos de veces. Te encantaba todo lo pequeño, los pajaritos, las florecillas, los bebés. Te gustaba reír y bromear, dar y recibir besos, encontrar en la calle o en el mercado a tus antiguos conocidos. A pesar de tu timidez, buscabas la relación. Si veías a una persona cargada con bolsas, intentabas ayudarla, aunque a ti misma no te quedara energía.

Tenías miedo del último paseo. Temías hacerlo sola, pero la vida te ha regalado poder partir agarrada de la mano. Al final estabas tan cansada que no tenías fuerza más que para llevar contigo una maleta muy ligera, que contenía muchísimo amor, y esto era lo

único que necesitabas. Te has ido suavemente, en silencio, en confianza, como una vela que se apaga después de haber ofrecido toda su luz.

Yo creo que tú estás ya bien instalada en tu nueva casa, la calle de la Rosa definitiva, el corazón de Dios. Al llegar al final del paseo has debido de exclamar con una gran sorpresa ante el Dios que te ha querido tanto: «¡Es formidable que estés aquí!». Andrea, gracias infinitas por tu amor y tu sabiduría. Tómate el tiempo de prepararnos un lugar cerca de ti... ¡Qué bueno será seguir disfrutando toda la eternidad!

París, 28 de marzo de 2018

Cuidar

He aprendido recientemente que el término «cuidar» procede del latín cogitare, «pensar». A partir de mi experiencia, esta etimología me parece tremendamente sugerente. Cuidar, en efecto, no es en primer lugar realizar con diligencia un conjunto de tareas asignadas por un determinado protocolo para asegurar el bienestar de una persona. Cuidar tampoco consiste solamente en brindar afecto o compañía. Todo ello habrá que hacerlo, sin duda, y mucho más. Pero cualquier «actividad de cuidado» tiene que estar atravesada por una reflexión global que considere a la persona en su misterio y que aspire a una intervención continuamente adaptada.

Cuidar implica estar permanentemente a la escucha del otro para comprender lo que dice a través de distintos lenguajes: la palabra inteligible y la palabra rota, el silencio, las lágrimas y la risa, la postura del cuerpo, la mirada, la piel, las emociones expresadas o contenidas...

Cuidar supone interpretar honestamente lo que la persona «dice», incluso cuando no dice nada, y reflexionar en busca de una respuesta que respete su dignidad y potencie su autoestima y su autonomía.

Cuidar significa proponer antes de actuar, buscar al máximo el acuerdo y la colaboración, preguntar si lo que estamos haciendo está bien, pedir disculpas si nos equivocamos.

Cuidar autoriza a intervenir con determinación en caso de peligro, para proteger la seguridad de la persona, pero obliga a discernir bien cuáles son esas situaciones de riesgo a fin de no incurrir en abusos de poder y en maltrato encubierto.

Cuidar quiere decir investigar, no conformarse con lo que ya sabemos que hay que hacer, consultar a quienes tienen más experiencia, formarse más –aunque sea de forma autodidacta– para ayudar mejor.

Cuidar conlleva proceder con espíritu de equipo, transmitir la información relevante, preguntar lo que no comprendemos, hacer sugerencias y aceptar las mejoras que otros proponen.

Cuidar es ayudar a la persona anciana o enferma a vivir cada día con sentido y a valorar su dignidad, a pesar de las limitaciones crecientes que su organismo experimenta.

Cuidar es descubrir la dosis de buen humor que la persona tolera, aportar discretamente distensión y alegría, desdramatizar los fracasos con una sonrisa cómplice o con un comentario oportuno.

Cuidar es acoger cordialmente, con el corazón abierto, la angustia y el miedo que se desencadenan en el interior de una persona que se aproxima a la muerte. Cuidar es permitir que las emociones del otro encuentren en nosotros un espacio humano de escucha y resonancia.

Cuidar es vigilar atentamente las emociones propias, las creencias y los juicios, a fin de permanecer disponibles para un acompañamiento incondicional y adaptado a cada etapa.

Cuidar es comprometerse a combatir el sufrimiento, no ahorrar energía en aquellos gestos que puedan aportar siquiera un poco de alivio, generar un ambiente de serenidad y confianza.

Cuidar es asumir la finitud humana y conquistar la libertad suficiente para dejar partir a la persona, sin intentar retenerla de manera injustificada cuando llegue el momento.

Cuidar es integrar la muerte como dimensión esencial de la existencia, y ser así capaz de valorar la vida y de ayudar a vivir hasta el final.

Cuidar, en clave creyente, es creer que Dios posee la creatividad necesaria para atraer hacia él a cada uno de sus hijos, más allá de lo que nuestros ojos sean capaces de percibir. Cuidar es esperar en silencio.

Cuidar es un proceso complejo y vivo de relaciones siempre fluctuantes, una aventura apasionante que pone en juego la razón y el corazón. Cuidar es ser capaz de comprender a otra persona y de acompañarla con todos los conocimientos posibles, pero también con un profundo respeto, con sentido común y con cariño. Cuidar es un ejercicio de inteligencia.

Familia

Hablando sobre la familia y la nueva pastoral familiar

*Fernando Vidal
(Universidad Pontificia Comillas)⁵⁶*

- Acabas de escribir el libro 'El día del padre', con cuatro grandes testimonios de paternidad. ¿Es una provocación?

No es una provocación sino un redescubrimiento de los padres. Igual que se está reescribiendo la historia para hacer visibles a las mujeres cuya vida y obra fueron invisibilizadas, también es preciso reescribir la historia de la paternidad para permitir conocer las experiencias y modelos positivos de padres.

Lo cierto es que la transformación de la masculinidad y la paternidad no sucede solamente con la crítica al modelo vigente, sino que es imprescindible una propuesta en positivo. Descubrir un modelo de paternidad más auténtico requiere redescubrir qué es lo original y singular de la paternidad en la condición humana. Eso nos llevará a descubrir, como expusimos en el libro *La revolución del padre* (Mensajero, 2018), que existe una biopaternidad, una serie de transformaciones que los hombres vivimos universalmente cuando comenzamos a ser padres. A lo largo de la historia, la paternidad ha tenido distintas configuraciones institucionales, pero es verdad que el industrialismo acentuó un modelo patriarcalista de familia y creó una masculinidad afín a los intereses del capitalismo. Eso creó una ideología de separación rígida de papeles –el varón productor en la fábrica y la mujer reproductora en el hogar- que pretendió extenderse como una división funcional que era natural y se dio en toda la historia. Por eso es crucial redescubrir a los buenos padres de la historia.

Entiendo que alguien pueda verlo como una propuesta provocativa, porque hay propuestas que exageran y quieren prescindir de la paternidad, negar que sea una estructura social de máxima relevancia o incluso vaciarla de su singularidad para concebir al padre como meramente un segundo cuidador. Entiendo que son reacciones a experiencias de masculinidad negativa. Por eso no es una provocación, sino un redescubrimiento. Necesitamos redescubrir al padre que hay en nosotros y en la humanidad.

⁵⁶ Entrevista de Mateo González para forum.com.

- ¿Qué hay que reivindicar de la paternidad/maternidad en nuestra sociedad española?

La paternidad y la maternidad son la estructura social primordial de cualquier persona. Incluso cuando uno de los dos no existe, el padre o la madre siguen operando como términos ausentes. En un mundo de populismos, postverdades e idealismos en los que falsamente pareciera que todo es construido según el poder de cada sujeto, hay que constatar que las cosas son reales, son materiales, históricas, tienen cuerpo y carne. Es preciso constatar que existe una condición humana, que no cualquier cosa es humana, aunque pueda ser hecha o pensada por los seres humanos.

En los tiempos cruciales que vivimos, es preciso afirmar la humanidad y sus condiciones básicas, incluidos los Derechos Humanos. La maternidad y la paternidad -así como la conyugalidad que los une en formar la mínima sociedad humana (de dos)- son básicas para la constitución sana, plena e integral de cada ser humano. Paternidad y maternidad forman parte, con la singularidad de cada una y la complementariedad entre ambas, de los fundamentos de la vida humana. Parece algo muy básico, pero es que hoy lo básico está en juego. Las disoluciones de dicha singularidad y evitar mencionar estructuras que son fundamentales –por motivos políticos-, desgastan el papel público crucial que deben jugar dichas figuras, como es el caso de la paternidad. Es preciso una cultura y política pública de paternidad, donde se proteja y fomente.

- Y la Iglesia, ¿entiende la realidad familias de hoy en día?

La Iglesia ha vivido un salto cualitativo en la actitud de escucha de la realidad de las familias, como bien demostraron los dos recientes sínodos sobre la familia. Los padres sinodales pidieron un “giro radical” en la pastoral familiar, lo cual se va produciendo, no sin dificultades a la labor de la Iglesia. Estos dos sínodos han puesto de manifiesto principalmente la “sinodalidad”: el caminar juntos en Iglesia con todas las familias en toda gran su diversidad, para discernir el camino de Dios. Conforme la sinodalidad sea más profunda –y eso requiere, como ha señalado la Iglesia el fin del clericalismo y la misión compartida con todo el Pueblo de Dios-, la Iglesia en su conjunto entenderemos más profunda y auténticamente la realidad de las familias, es decir, cómo el Espíritu trabaja en el corazón de cada una de ellas.

- Después de dos sínodos sobre las familias y tras el encuentro en Irlanda en 2018, ¿cuál es la esencia de la pastoral familias que necesitamos?

La sinodalidad es la primera característica. Para hacer pastoral de familia, lo primero es que sea una pastoral con rasgos de familiaridad: que prioriza el amor incondicional, la mirada compasiva, el reconocimiento de la diversidad global, la cultura del encuentro.

La Alegría del amor va sobre el amor en las familias, y pone el foco principalmente en intensificar el amor, que es desde donde Dios mueve todas las cosas. Eso nos pide desarrollar la espiritualidad del cuidado. Las cuatro claves de La alegría del amor resumen muy bien la estructura de la pastoral familiar: acoger, integrar, acompañar, discernir. De ellas, dice el papa Francisco, discernir es la que está menos desarrollada en la praxis pastoral de la Iglesia. Necesitamos transformar el conjunto de la pastoral familiar –igual que se han transformado sustancialmente las instituciones pastorales relativas a familia en la Santa Sede y en parte de las diócesis- para que sea capaz de incluir en comunión la participación de todas las familias y el conjunto de la vida laical.

- ¿Por qué la familia es lo más valorado en las encuestas y, sin embargo, las políticas familiares no encuentran eco en los debates mediáticos?

Hay una diferencia entre la “familia de la experiencia” y la “familia de la opinión”. La vivencia familiar es crucial en la vida de la inmensa mayoría de las personas, es la principal motivación en su vida y está dentro del sentido que otorgan a la vida. Su gratitud con la propia familia de origen es extremadamente importante. La experiencia –aunque existen dificultades vitales, separaciones y conflictos- es muy positiva y los deseos de mejorar la vida amorosa y familiar implica a casi toda la población.

Sin embargo, cuando nos echamos a tratar la cuestión familiar en términos ideológicos o doctrinales, nos separamos de la experiencia real de la gente o de nosotros mismos, y la lógica es muy distinta. Pienso que esto se debe a la fuerte estatalización de la sociedad latina y la poca fuerza de su sociedad civil. La familia es la primera comunidad de la sociedad civil y si es fácilmente minusvalorada o descuidada en la vida pública, es por un exceso de estatismo y de lógicas utilitarias de corte neoliberal.

Cuando se escucha y atiende a la gente real, la familia aparece como algo primordial y omnipresente que pide la máxima valoración. Si los medios o políticas no valoran la familia, es porque, en realidad, no valoran suficientemente a la gente.



Lectio Divina

Dar entraña a Dios: Vocación y Quehacer María, modelo de acogida de Dios

Juan José Bartolomé

*“En los amores perfectos
esta ley se requería:
que se haga semejante
el amante a quien quería.
Que la mayor semejanza
más deleite contenía”
(San Juan de la Cruz)*



1. La opción de Dios, sernos semejante

○ Dios, por amor, se hizo hombre, convirtiéndose en uno de los nuestros. La opción por salvarnos coincidió con la decisión de volvérsenos igual y cercano: amar, encarnarse, salvar son tres momentos de una única decisión divina.

○ La consecuencia no es menos sorprendente: no es ya sólo que el hombre tiene ya salvación, es que, sobre todo, no hay salvación divina auténtica si no es humana; no es que la salvación alcance la carne, es que no hay salvación sino encarnada. Lo humano es teofanía del Dios cristiano.

2. Hacerse con Dios, vocación de quien le cree

- Los relatos evangélicos que anuncian el nacimiento del Hijo de Dios, son crónicas de una vocación: que Dios haya decidido ser hombre le lleva a desvelar su necesidad de acogida; un Dios tan humano es un Dios menesteroso. Ahijarle impone hacerle espacio en lo más íntimo, ello implica renunciar al propio proyecto de vida.
 - María (Lc 1,26-38): un hijo impensable (diálogo - promesa - incapacidad - don del Espíritu - sumisión).
 - José (Mt 1,18-25): un hijo no pensado (comprobación - sueño - aclaración - sumisión).
- El Dios, que como don se hizo hijo (Mc 6,3), se le impuso a María como quehacer de por vida. María tuvo que ver crecer un hijo en el que 'crecía' Dios (Lc 2,41-52) y renunciar a ser madre para hacerse creyentes (Lc 8,19-21). Consigue dar vida a su Dios quien le da crédito: la fe servicial hace familiar de Dios y confidente.
 - María supo de la salvación de Dios, cuando se supo llamada: nuestro pueblo tendrá salvación cuando Dios obtenga creyentes (Lc 1,30-33).
 - A María se le prometió el Espíritu cuando confesó su incapacidad: Dios se dona a quien reconoce que uno es querido por Dios para lo que él ni puede ni quisiera (Lc 1,35).

3. Pistas para la reflexión

- ¿Qué me sugiere el hecho de que Dios haya iniciado su personal relación con María *llamándola a ser* madre de su Hijo? ¿Qué debería sorprenderme más, la necesidad que siente Dios de encontrar alguien que le crea, cuando piensa salvar a su pueblo, o la aceptación del plan divino por parte de María cuando ve desatendida – sobrepasada – su incapacidad?
- ¿Qué consecuencias tiene para mí el hecho de que mi vocación es *cuestión de confianza*, en la que uno -¿Dios o yo?- arriesga siempre más? Dios, que inicia la relación, o el elegido, que es llamado a algo impensable/imposible? ¿Vivo la llamada de Dios con miedo, alimentando temores o agrandando mi incapacidad? Si Dios no la tiene en cuenta, ¿por qué debería yo?
- ¿Por qué no consigo vivir entusiasmado por un Dios para el que cuento tanto, que cuenta conmigo cuando piensa salvar a los suyos? ¿Qué supondría para mí hoy tenerle confianza, darle crédito?

Sugerencias para orar

- Sorprendámonos de que Dios, porque está programando salvar, nos esté invitando a prestarle fe y vida.

- Démosle gracias por la enorme capacidad de confianza que nos ha mostrado, tanto más gratuita cuanto menos merecida y peor correspondida. Con María, maravillémonos del Dios que nos ha concedido un puesto en su proyecto..., siempre que nosotros le concedamos un puesto en nuestra vida.
- La confianza que Dios deposita en quien llama es razón suficiente para ganar confianza en sí mismo: si valemos tanto para Dios, ¿quién o qué nos podrá robar esa confianza que sólo Dios podría retirar? Sólo en Dios - ¿podríamos desearnos algo más sólido? – reposa nuestra confianza, sólo Él merece nuestra fe. Le doy gracias, confiándome a Él.
- Que Dios se dé a quien le da fe es admirable. Pidámosle que nos conceda la *obediencia de la fe*, una obediencia que sabe esperar hasta que consigue ver lo que deseaba. Démosle gracias por haber pensado en nosotros, para venir, a través de nosotros, con nuestro servicio, a nuestro mundo y a los nuestros. Pidámosle, sobre todo, que, como gracia, nos conceda la capacidad de acogida que le dio a María, la llena de gracia.

El anaquel

Mirando hacia el futuro en la Vida Religiosa⁵⁷

José María Rodríguez Olaizola, S.J.

Hace unos días me plantearon, para un periódico, una serie de preguntas sobre la situación de la Compañía de Jesús, enmarcadas en un posible artículo sobre la Vida Religiosa. La verdad es que el cuestionario era interesante. Mis respuestas fueron subjetivas, claro. Sin embargo al final el artículo resultó ser una reflexión sobre «el final de la Vida Religiosa», con un tono sombrío y casi depresivo. A mí en realidad me parece que el estado de la Vida Religiosa, con los problemas que tenga, es mucho más lleno de matices y oportunidades. Comparto, con muchos religiosos y religiosas, incertidumbres, preocupación, pero también entusiasmo, pasión y la conciencia de que nuestra vida hoy tiene sentido. No dudo que es bueno el hacer una reflexión profunda, sosegada y realista sobre hacia dónde estamos yendo. Porque, si es verdad que hay muchas cosas que están cambiando, también lo es que hay muchas que pueden emerger.

Creo que la vida religiosa no está acabada. Está cambiando, como toda una época. Algo de eso está recogido en la entrevista. Así que creo que merece la pena compartirla entera.

1 ¿Cuál es el estado general de la Compañía de Jesús en España, a nivel de próximos retos y proyectos?

Yo diría que la Compañía de Jesús está atravesando una etapa de transformación, que afecta a otras muchas instituciones, en la sociedad y en la Iglesia, y ajustándose a una nueva época. Los grandes retos, en lo interno son: (1) la adaptación a una realidad demográfica muy diferente a la que hubo, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XX. (2) También diría que hay que mirar a la vida religiosa con libertad y con lucidez para imaginar cómo va a ser dentro de unos años. En lo externo, (3) creo que tenemos un reto enorme en la transmisión de la fe en un contexto y una cultura que en muchos casos ya no la entiende. (4) Un último reto es el de seguir colaborando con otros en la

⁵⁷ Publicado en 'Ser Jesuita' (21-6-2018).

búsqueda de soluciones para la situación de las personas más vulnerables de nuestra sociedad y nuestro mundo.

2. ¿Qué actuaciones de la Compañía destacaría en los últimos años que ponen de relevancia su importancia a nivel social en España?

Lo primero que diría es que hay que matizar dicha importancia. No somos importantes. Desde luego, no con el peso de otras épocas o de otra sociedad. Y en ese sentido no lo digo con pena ni con nostalgia.

Lo deseable, en todo caso, es poder influir, con otros, a la hora de contribuir a que la sociedad sea más libre, más humana, más justa, y a que la fe pueda tener su espacio en ella. Y dicho eso, para concretar, diría que seguimos teniendo un peso grande en el mundo de la educación, por la cantidad de instituciones educativas (en todos los niveles), y el equilibrio entre una tradición pedagógica muy reconocida y la adaptación a un escenario muy nuevo. También creo que es muy significativo el compromiso social, y especialmente el trabajo en red nos permite hacer visibles muchas realidades (por ejemplo el compromiso con los temas de migraciones, la denuncia de los CIES –ahora mismo se está presentando en distintas ciudades el informe Anual sobre dichos centros, tras presentarse el pasado 7 de junio en el Senado–).

3. El número de jesuitas en España disminuye con el paso de los años debido al envejecimiento de la congregación y la falta de nuevas vocaciones. ¿Qué está ocurriendo para no enganchar a los más jóvenes? ¿Qué se puede hacer para revertir esta situación?

Esta pregunta daría de sí para largos análisis. Probablemente son muchos factores distintos –y muchos de ellos no dependen de nosotros–. Para empezar, la disminución es imparable porque los números de las décadas centrales del siglo XX fueron también excepcionales en todo el mundo eclesial, y eso es impensable en la actualidad. Además, hoy estamos en una sociedad de hijos únicos (una dificultad), donde la secularización ha avanzado a marchas forzadas (otra), y donde los compromisos «para siempre» –y una vocación religiosa lo es– asustan (otra). Probablemente por nuestra parte también hay cosas que tendríamos que hacer mejor, ser más visibles, transmitir más claramente nuestro carisma, y encontrar lenguajes para hablar de Dios hoy de una forma más asequible a muchas personas que ya no tienen el trasfondo de una sociedad sociológicamente cristiana. Pero, dicho todo eso, creo que no debemos pensar en «revertir» la situación a un estado anterior, sino en encontrar el camino hacia un futuro donde podamos seguir teniendo una misión, un lugar y una palabra que decir.

4. ¿Es el envejecimiento el mayor peligro para la continuidad de la Compañía en España?

Creo que no. El envejecimiento supone un cambio que, como decía antes, es, por una parte, imparable, y por otra, necesario. A mí me parece que el mayor peligro para nuestra continuidad sería el de perder nuestra identidad. La Compañía de Jesús tiene su base en la espiritualidad ignaciana, en una radicalidad (en el sentido de echar raíz) evangélica que se convierte en compromiso con la realidad de cada lugar en el que estamos, y en una consagración religiosa que le da sentido a todo eso que hacemos. Hoy en día, desde mi punto de vista, nuestro mayor peligro sería acomodarnos tanto que dejemos de ser creíbles.

5. Ante esta realidad, ¿cómo se plantean llevar a cabo todos los proyectos con menos efectivos en los próximos años?

Desde hace décadas se viene tomando conciencia de un cambio radical. Estamos comprendiendo que los proyectos no son solo «nuestros» proyectos, algo que tengamos que llevar a cabo nosotros solos.

Tenemos una misión, que tiene que ver con la fe y la justicia que nace de la fe. Pero no es «nuestra». Es compartida con otros muchos. La colaboración con los laicos es una realidad que avanza, a base de ir aprendiendo y comprendiendo los retos que implica. También en el horizonte está la colaboración con otros religiosos, dentro de la Iglesia, y con otros actores sociales.

Lo que es evidente es que no pretendemos ser autosuficientes. Por otra parte, también es cierto que necesitamos repensar nuestras presencias. Es posible que no tengamos que seguir en los mismos lugares. Es más, hay nuevos lugares donde vemos que tenemos que estar –en los últimos años hemos dedicado gente y recursos notables a la presencia en internet–.

Dicho eso, también es realista reconocer que no podremos seguir en todos los lugares en los que hemos estado. Estos días, por ejemplo, nos despedimos de Palencia. Ahí tenemos que ser muy lúcidos a la hora de discernir dónde debemos, podemos y tenemos que estar, y dónde hemos cumplido ya nuestro ciclo.

6. Ante los retos de la pobreza, los refugiados y la educación, no sé si considera que es ahora precisamente cuando más se necesita la acción de la Compañía, que siempre ha estado volcada en estos problemas.

Sin duda es necesaria esa acción. Junto con la de muchos otros. Creo que problemas estructurales ya no se solucionan con buenas intenciones ni con francotiradores. Hoy en día hace falta un trabajo en red en muchas áreas. En concreto, las tres que menciona son clarísimas. La pobreza, la situación de las personas refugiadas (y la complejidad de las migraciones hoy) y los retos de la educación en esta nueva cultura digital, requieren reflexión, compromisos y una búsqueda en la que sí creo que tenemos una palabra (no la única, sino una, entre otras) que decir.

7. Buena parte de la Iglesia española nunca ha terminado de encajar bien con el pensamiento jesuita. ¿Qué motivos lo explican?

Creo que la Iglesia es plural. Eso yo no lo veo como un problema, sino como un valor. Es una institución tan enorme que hay en ella sensibilidades, acentos y hasta espiritualidades muy diferentes. Es evidente que los pilares de la fe son los mismos, pero luego hay muchas diferencias en cómo vemos las urgencias pastorales, las cuestiones sociales, etc. Si eso se procesa bien es un valor para la Iglesia, pues vive en tensión entre la búsqueda de nuevos caminos y la fidelidad a su tradición, sin perder ninguno de los dos polos. En realidad la propia Compañía de Jesús es muy plural, por lo que hablar de «el pensamiento jesuita» es, de algún modo, reduccionista, ya que hay muchos jesuitas pensando de maneras muy diferentes.

8. ¿Sienten el apoyo de la comunidad católica española y de la curia o echarían en falta una mayor sensibilidad o apoyo?

Creo que esto se responde con la cuestión anterior. Hay mucha gente que, por experiencia propia, por educación o por sensibilidad, valora mucho a los jesuitas –a veces hasta idealizándonos más de lo que merecemos– Hay también otra gente que nos achaca todos los males que aquejan a la Iglesia (no hay más que ver algunos foros digitales). Pero creo que los extremismos –que no se dan solo en lo eclesial, sino en prácticamente todos los ámbitos de la vida pública– son siempre caricaturas. Yo creo que la Compañía de Jesús está bien encajada en la Iglesia española.

9. ¿En qué modo tener a un Papa de la Compañía ayuda, si es que lo hace, a la fortaleza de la orden en España?

Creo que lo que supuso el nombramiento de un jesuita como papa fue un interés por la Compañía de Jesús, un interés por conocer su espiritualidad, su misión, por tratar de comprender a Francisco tratando de descubrir qué era eso jesuita que había en él... La realidad es que creo que el papa procura ser un pastor universal –y es lo que tiene que hacer–. Pero yo no diría que nos afecte más su estilo, su pontificado o los acentos que pone, de lo que afecta a otras gentes de Iglesia.

El anaquel

*Una comunidad reunida en torno al altar*⁵⁸

Luis Quintero Fiuza, obispo de Tui-Vigo.

1. «*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan*» (1Cor 10,17).

Esta tarde vamos a consagrar el altar de este Santuario de María Auxiliadora. Un rito con el que declaramos que este va a ser dedicado exclusivamente al servicio de las cosas sagradas, en el que expresamos a través de nuestras oraciones y los signos que las acompañan que queremos que esta mesa santa sea «un ara dedicada para siempre al servicio de Cristo y sea también la mesa del Señor, donde tu pueblo se alimente en el convite sagrado», como diremos luego en la oración de la dedicación.

Las lecturas de esta celebración dan buena cuenta del puesto central que la celebración en torno al altar ha tenido en la comunidad cristiana desde los primeros tiempos. El altar, como lugar del sacrificio para el Israel histórico –como para otras tantas religiones antiguas– se ha quedado obsoleto con el sacrificio definitivo de Jesús, que inaugura la Nueva Alianza. Como san Pablo recuerda a los cristianos de Corinto el pan y el vino que ofrecemos ahora en el altar no es ningún mérito nuestro es la participación en la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, como se nos recordaba en la segunda lectura.

Y así lo vivieron desde el principio las primeras comunidades cristianas. El libro de los Hechos de los apóstoles, como se relata en la primera lectura, señala frecuentemente como la comunidad se reconoce y se va construyendo en la escucha de la Palabra, en la vida común, en el ejercicio de la caridad, en la oración compartida y, de forma elocuente, en la celebración de la eucaristía «alabando a Dios con alegría y de todo corazón» (Hch 2,47). Nuestra reunión en torno al altar, formando un solo cuerpo al participar todos del mismo pan (cf. 1Cor 10,17), nos hace continuadores de la vida y de la misión de la Iglesia que Jesús nos lega como herencia en la Última Cena. Algo que va más allá de lo litúrgico.

⁵⁸ Homilía pronunciada en la Parroquia-Santuario de María Auxiliadora de Vigo con motivo de los 75 años de la consagración del templo y la consagración del altar (21-5-2019).

San Pablo, pide reiteradamente a las comunidades por él animadas, que entren en la dinámica del “culto espiritual” (Rm 12,1) inaugurado por Jesucristo. Un culto que no se queda solo en el cumplimiento de unas prácticas religiosas, sino que vive la liturgia y los sacramentos en continuidad con la vida cotidiana. Es el sentido que Jesús nos ofrece en el Evangelio al establecer una relación directa entre la preocupación por el prójimo y la participación en las ofrendas del templo. Para Jesús, el culto “en espíritu y verdad” (Jn 4,23) que Él inaugura pasa por la reconciliación con aquellos a los que se ha ofendido y eso, será la base del juicio de Dios.

2. *«Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones»* (Hch 2,42).

La celebración de la consagración del altar del Santuario-Parroquia de María Auxiliadora de Vigo la hacemos precisamente en el día en el que se cumple el 75 aniversario de la consagración de este templo. El 21 de mayo de 1944, cuando habían pasado 22 años desde la colocación de la primera piedra de esta iglesia, el Arzobispo de Valladolid y Administrador Apostólico de Tui Antonio García y García presidió un pontifical en el que se volcó la ciudad. Vecinos de la zona de la Ronda estuvieron trabajando y ayudando la noche anterior para que todo estuviera listo para el evento. La celebración duró desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde y a lo largo de todo el día fueron muchos quienes se acercaron a visitar el templo que permaneció abierto sin descanso.

En aquella solemne liturgia, se rociaron con agua bendita las paredes del templo por fuera y por dentro, se abrieron de forma elocuente las puertas de la iglesia, se ungieron los muros con el Santo Crisma, se colocaron unas reliquias en el primer altar, se dispusieron los altares laterales para la celebración de la eucaristía. Entonces no había aún retablo, solo la imagen de María Auxiliadora. El pavimento era de cemento. Aquel primer día no hubo bancos. Pero la vida litúrgica comenzó enseguida preparando las celebraciones de la cercana fiesta de María Auxiliadora que aquel 24 de mayo se festejó con toda solemnidad.

A lo largo de estos 75 años, el templo ha ido embelleciéndose y llenándose de vida. Como ocurría con los primeros cristianos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, el templo ha sido una referencia para la proclamación de la Palabra de Dios, la educación en la fe, el ejercicio de la caridad, la oración común y la celebración de los sacramentos... Una historia ininterrumpida que se visibiliza hoy en la comunidad reunida en torno al altar.

3. *«Vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda»* (Mt 5,24)

«El lugar donde la comunidad cristiana se reúne para escuchar la palabra de Dios, elevar preces de intercesión y de alabanza a Dios, y, principalmente, para celebrar los sagrados misterios, y donde se reserva el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, es imagen

peculiar de la Iglesia, templo de Dios, edificado con piedras vivas; también el altar, que el pueblo santo rodea para participar del sacrificio del Señor y alimentarse con el banquete celeste, es signo de Cristo, sacerdote, hostia y altar de su mismo sacrificio» («Decreto» del *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, 29 de mayo de 1977), nos enseñan los textos de la Reforma Litúrgica tras el Vaticano II. La misma reforma que supuso la colocación en el centro del presbiterio del altar que se ha venido utilizando en este tiempo y que en su día no se consagró. En él colocaremos de nuevo las reliquias de los santos que formaban parte del primitivo altar.

Celebrar este rito de la consagración supone para toda la comunidad cristiana del Santuario-Parroquia de María Auxiliadora una oportunidad para tomar consciencia de cómo en este sagrado lugar se perpetúa sacramentalmente «el sacrificio de la cruz para siempre hasta la venida de Cristo» y cómo en torno a esta mesa siguen reuniéndose, hoy como ayer, «los hijos de la Iglesia para dar gracias a Dios y recibir el cuerpo y la sangre de Cristo» (Praenotanda del *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, cap. IV, núm. 4).

Por lo tanto, el ara de mármol que vamos a consagrar y ungir con el Santo Crisma tiene que ser para todos nosotros un recordatorio de Cristo que es el sumo Sacerdote y, al mismo tiempo, el verdadero Altar vivo (cf. «Praenotanda» del *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, cap. I, núm. 1) y por ello, cada seguidor de Jesús está llamado a ser, con su vida, un «altar espiritual, en el que se ofrece a Dios el sacrificio de una vida santa». Este rito nos llama a ser nosotros mismos las «piedras vivas con las que el Señor Jesús edifica el altar de la Iglesia» (cf. «Praenotanda» del *Ritual de la dedicación de iglesias y de altares*, cap. I, núm. 2)



La levedad de los días

"Y se puso en camino hacia la casa de su padre" (Lucas 15,18).

Es hora de ponerse en camino

La gente, a estas horas, y al ritmo de la mañana, pasea. Pero no sé si realmente camina. Este deambular de un lado para otro no se puede equiparar al concepto de caminar. Se pasea sin saber muy bien adónde se va; pero se camina con un destino claro, aunque en ocasiones no se llegue ni a vislumbrar ni a conseguir.

Es por eso por lo que muchas personas han elegido en la vida ser caminantes de profesión y de estilo. Rara vez pasean, siempre caminan con objetivos claros y con metas seleccionadas en su vagar por la vida. A veces, me viene a la mente que vivir y caminar es la misma tarea. Solo los muertos no caminan, como mucho son llevados hacia el final de su destino. Personas hay que no caminan, van y vienen adonde la masa les lleva. Están aquí como podrían estar en el lugar opuesto. Todo ha sido cuestión de circunstancias, unas circunstancias muy personales y concretas, creadas por los avatares de la vida.

Como aquellos que desengañados por tantos tropiezos, después del hallazgo de una familia especial, decidieron volver a su tierra por otro camino. O como aquel que un día se marchó de casa y que, después de experimentar la soledad y el desamparo existencial, decidió ponerse en camino hacia la casa de su padre. O como aquellos dos peregrinos que tras su experiencia de caminantes en compañía, decidieron ponerse en camino para comunicar que, a lo largo de aquel recorrido, su corazón se había transformado... Todos eligieron la actitud de ponerse a caminar, conscientes de que la vereda encontrada era el camino de su vida. Se va hacia muchas partes, pero solo se camina en la dirección elegida, después de un encuentro personal que cambia la existencia. Y, a partir de ese momento, consciente o inconscientemente, ya todo es y será camino, hasta la misma muerte.

Hoy, me descubro entre tantos paseantes, asumidos por una ola festiva y de buen tiempo que invita a pasear. Rodeado de tanto desconcierto por el ir y venir, me he preguntado cuántos de estos caminan, cuántos han llegado a descubrir que su vida es camino y que, pendientes de un encuentro, siguen, sin saberlo o sabiéndolo, a la búsqueda de una señal que les marque la ruta y les convierta en verdaderos caminantes. Entre tanto paseo monótono y lleno de ruidos, más de uno y de dos habrán encontrado su destino. Cuántos, de verdad, esta mañana habrán hallado la dirección de su vida, habrán descubierto la luz y el sentido de la existencia que les ha convertido en peregrinos. Les habrá hecho descubrir que la vida es camino y que la misma meta es parte de ese camino. Ya alguien decía, reconociendo que al andar se hace el camino: "Caminante, son tus huellas, el camino y nada más"...

Isidro Lozano

TU MISIÓN: ¡EN MARCHA!



Jugador 1



salesianos

SANTIAGO EL MAYOR

